

¿HACIA DÓNDE VA AMÉRICA LATINA?

PARTICIPACIÓN POPULAR, DEMOCRACIA
Y ALIANZAS PROGRESISTAS EN EL SIGLO XXI

HUMBERTO TUMINI
ALEJANDRO SÁNCHEZ
JOAQUIM SORIANO
PABLO STEFANONI
HENRIQUE FERREIRA BUENO
HÉCTOR TESTA FERREIRA
ISAAC RUDNIK



ISEPCi 

¿HACIA DÓNDE VA AMÉRICA LATINA?

**PARTICIPACIÓN POPULAR, DEMOCRACIA
Y ALIANZAS PROGRESISTAS EN EL SIGLO XXI**



ISEPCi
Instituto de Investigación Social,
Económica y Política Ciudadana
Av. Independencia 933 5° P - 1099 - 54-011-4342-1613
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina
info@isepci.org.ar - www.isepci.org.ar

Diseño: Ariel Navarro



Licencia Creative Commons
¿Hacia dónde va América Latina? Participación popular, democracia
y alianzas progresistas en el siglo XXI por Isaac Rudnik y otros.
se encuentra bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-SinDerivadas 2.5 Argentina.

¿HACIA DÓNDE VA AMÉRICA LATINA?

**PARTICIPACIÓN POPULAR, DEMOCRACIA
Y ALIANZAS PROGRESISTAS EN EL SIGLO XXI**

HUMBERTO TUMINI

ALEJANDRO SÁNCHEZ

JOAQUIM SORIANO

PABLO STEFANONI

HENRIQUE FERREIRA BUENO

HÉCTOR TESTA FERREIRA

ISAAC RUDNIK

ISEPCi[®]



PRESENTACIÓN

Los artículos que forman parte de esta publicación son producto de las exposiciones del Seminario Internacional "¿Hacia dónde va América Latina? Participación popular, democracia y alianzas progresistas en el Siglo XXI", que se realizó el día viernes 9 de noviembre de 2012 en la Cámara de Diputados de la Nación Argentina.

Desde el año 1998, con la llegada de Hugo Chávez a la presidencia de Venezuela, se han desarrollado numerosos procesos políticos populares, progresistas y de izquierda en nuestra región. El presidente ecuatoriano Rafael Correa ha dicho que América Latina no está pasando por una época de cambios, sino por un cambio de época.

La ruptura con el proyecto norteamericano del ALCA, la creación de nuevas herramientas regionales de integración como la Unasur, la CELAC y el ALBA, más la mejora de las ya existentes como el Mercosur, con la incorporación como miembro pleno de la República Bolivariana de Venezuela, dan cuenta de este nuevo marco regional.

Pero ninguno de los procesos políticos de nuestra región estuvo exento de dificultades para avanzar en un sentido de progreso. El reciente golpe de Estado parlamentario contra Fernando Lugo en Paraguay es una señal de alerta que debe ser analizada en profundidad.

La necesidad de profundizar las transformaciones populares en América Latina, ante las presiones para estancar estos procesos o hacerlos retroceder, invita a una necesaria reflexión sobre la importancia de la participación popular como un mecanismo ineludible para el desarrollo de la democracia en nuestro continente.

Las reformas constitucionales en Venezuela, Bolivia y Ecuador, y los mecanismos de democracia directa o plebiscitos populares, son una manifestación de ello. La participación de un conjunto importante de la sociedad en éstas prácticas democráticas marcan los niveles de adhesión con los que se cuentan. A su vez, la necesidad de establecer alianzas políticas progresistas que sean capaces de resultar en nuevas mayorías políticas, hace necesaria una reflexión sobre las formas y los mecanismos de construcción de ellas.

Desde el ISEPCi, y en conjunto con Centros de Estudios e Investigaciones de la región, buscamos analizar estos temas, partiendo de un balance de lo realizado hasta ahora, descifrando los desafíos a futuro y estableciendo una agenda hacia adelante, para incidir de manera positiva y propositiva en estos tópicos.

A black and white portrait of Isaac Rudnik, a man with glasses and a mustache, looking slightly to the left. The image is partially obscured by the text overlay.

LOS DEBATES DE LA IZQUIERDA LATINOAMERICANA

ISAAC RUDNIK

Director del ISEPCi - Instituto de Investigación Social, Económica y Política Ciudadana. Co-autor de ¿Cómo juzgar al kirchnerismo? Dos miradas contrapuestas sobre la Argentina de la última década (2012). Miembro de la dirección nacional del Movimiento Libres del Sur y del Frente Amplio Progresista. Ex-asesor de la Subsecretaría de Asuntos Latinoamericanos de la Cancillería Argentina (2004-2008).

Estamos en un contexto en América Latina que tiene un inicio, como todos sabemos, a partir del año 98 con la llegada del comandante Chávez a la presidencia de Venezuela. Desde ese año en adelante ya pasó más de una década y media. Hay una cantidad de experiencia que hemos acumulado y sobre la que vale la pena reflexionar, y seguramente podemos sacar algunas conclusiones importantes que nos permitan obviamente mejorar las posibilidades de la acción política que venimos desarrollando desde siempre.

Seguramente, cuando nosotros atravesamos sobre todo los primeros años, donde hubo una seguidilla en alguna medida de éxitos, que marcaban la retirada del neoliberalismo de la región y la irrupción de una serie de gobiernos de administraciones progresistas -que en realidad eran la culminación de un proceso de acumulación anterior-, esta nueva situación despertó en nosotros una serie de expectativas; que visto quizás hacia atrás, en cuanto a las posibilidades de lograr una rápida recuperación de los derechos perdidos en la etapa anterior y la posibilidad de producir cambios que nos permitieran no sólo recuperar esos derechos sino avanzar en un proceso de transformaciones más progresivo, eran desproporcionadas, por lo menos para nosotros respecto a las posibilidades reales de producir esos cambios, en tiempos cortos.

Entonces, esto obviamente es parte del proceso de reflexión que tenemos que llevar adelante, porque eso nos puede llevar a distintas conclusiones. Nos puede llevar a la conclusión de que los tiempos en que los cambios se pueden producir pueden ser más acelerados o menos acelerados o pueden también llevarnos a la conclusión equivocada -de acuerdo a lo que nosotros seguimos sosteniendo- de que algunas de las transformaciones, de los cambios, de los procesos de recuperación de los derechos cercenados en la época neoliberal no son posibles.

Obviamente nosotros adherimos a la primera tesis, que es que en todo caso tenemos que repensar algunas estrategias, repensar algunas visiones, con el objetivo siempre de hacer un equilibrio entre el reconocimiento de la realidad sobre la que estamos operando y la voluntad permanente de que los cambios, las transformaciones y las recuperaciones de los derechos sean lo más rápido posible y que se den en la forma más plena.

Lo que nos parece, o lo que nosotros pretendemos poner en discusión, es cuál es el rol que jugamos desde los partidos y organizaciones de izquierda.

En ese marco de reflexión, fundamentalmente nos cuestionamos si hemos sido capaces en este proceso de rearmarnos y rehacernos, resarcirnos verdaderamente de las derrotas de la etapa neoliberal, y si estamos verdaderamente en camino de que en ese proceso de recuperación podamos llegar a tener estrategias propias de las organizaciones de izquierda; si podemos trascender el mero acompañamiento de procesos progresistas, que obviamente han traído avances en nuestras sociedades, y tener efectivamente una participación con estrategias propias.

En ese sentido, las reflexiones que vamos teniendo en cada uno de los partidos y de manera colectiva en el proceso de interrelación entre las distintas organizaciones y partidos de la región nos llevan por el camino de saber a qué sectores representamos y qué sectores aspiramos a representar.

Eso obviamente implica una visión también abarcadora de cuáles son las estructuras actuales de las sociedades sobre las que estamos trabajando. Para dar un ejemplo, nosotros, las organizaciones de izquierda que venimos trabajando desde hace muchas décadas o los militantes que somos parte de las organizaciones actuales que venimos trabajando desde hace muchas décadas, hemos observado claramente en el transcurso de nuestras experiencias cambios profundos que se han producido al interior de nuestras sociedades.

En la época de los años 60 y 70, obviamente la estructura social era el rol en las estructuras de nuestras sociedades. El rol de la clase obrera, el rol de los sectores trabajadores en el conjunto de nuestras sociedades tenía un dinamismo, un desarrollo y una influencia en el proceso del conjunto de nuestras sociedades que no es exactamente la misma o los mismos roles, los mismos lugares, que ocupan hoy.

Cuando nosotros hablamos de que somos organizaciones que buscamos ser representativas de las aspiraciones populares y no solamente buscamos ser representativas sino que buscamos en la composición de nuestras organizaciones el protagonismo de los integrantes de los sectores populares y los trabajadores, estamos hablando de que esos procesos se asientan y se desarrollan sobre sociedades que son absolutamente distintas a las que teníamos en aquella época.

Eso obviamente requiere de una reflexión, que nos parece que estamos en condiciones de hacer en la medida en que hemos atravesado una etapa en la que las tareas de la resistencia a la ofensiva neoliberal siguen siendo un elemento componente en nuestras estrategias, pero probablemente no sea la principal. Probablemente tengamos condiciones para sacar la cabeza por encima de la mera resistencia y pasar a tener una actitud de ofensiva, y eso obviamente está relacionado con lo primero que venía planteando, que es pasar a tener las organizaciones de izquierda reflexiones que nos permitan tener efectivamente estrategias propias, que en alguna medida enmarquen las actitudes o las definiciones que vayamos teniendo.

O sea, nosotros tenemos acá una diversidad de organizaciones que parece que estamos actuando en países que tienen realidades distintas, y en algunos casos somos parte de los gobiernos de las administraciones que están gobernando; en otros casos estamos por fuera de estas administraciones, pero tenemos obviamente el sentimiento común y la idea común de que somos parte de un mismo proceso. Por lo tanto, el tema es que esa distinta táctica -si se quiere- responde a estrategias que en el tiempo, en un proceso de interrelación, puedan tener o tienen a lo mejor horizontes y objetivos por alcanzar.

Entonces, me parece que uno de los objetivos de estos debates para nosotros es cuál es la estrategia de la izquierda, si tenemos condiciones para salir del mero acompañamiento de procesos que dirigen otros sectores a tener una estrategia propia, aun cuando seamos parte de alianzas -y lo somos e inevitablemente lo vamos a ser por mucho tiempo- con otros sectores políticos y sociales, pero que de todas maneras sean claramente como parte de una estrategia propia.

¿Cuáles son los temas que ponemos en la agenda que nos parecen importantes, que abonan esta idea central?

Primero, esto implica, cuando hablamos de tener estrategias propias, de construcción de teorías. Alguno de nuestros padres, de los clásicos, dijo que sin teoría revolucionaria no hay organización, no hay política revolucionaria, ni organización revolucionaria. Esto quizás sigue siendo esencialmente cierto. El problema es cómo se construye la teoría revolucionaria.

Otro de nuestros padres dijo también que la teoría revolucionaria llega de fuera al Movimiento Obrero. Bueno, por lo menos nosotros adherimos a la primera parte: que sin teoría revolucionaria es difícil que haya política revolucionaria. Ponemos seriamente en duda que el problema pase por que efectivamente haya algún sector que pueda introducir la teoría desde afuera.

Nos parece que la experiencia de estos últimos años, la experiencia de los movimientos sociales, ha sido extraordinariamente valiosa, la experiencia de las organizaciones políticas que seguimos trabajando fuertemente en todos estos años indican que necesitamos una confluencia de diversos actores donde en todo caso los sectores intelectuales, los sectores académicos, tienen un rol, y son en todo caso un actor importante más, pero los actores políticos y sociales son esenciales, no solamente a la hora de definir la política o de hacer las cosas sino también a la hora de la construcción de la teoría revolucionaria que hemos visto.

Ese es un primer elemento que tenemos que profundizar y discutir entre nosotros. Es decir, si nos ponemos de acuerdo en que hay elementos de la estrategia, de la teoría que hacen falta desarrollar, cómo lo desarrollamos, y a partir de qué.

Después, hay algunas otras cuestiones que son mucho más prácticas, que tienen que ver con cuál es el rol del Estado. Hay un discurso muy interesante del comandante Chávez en el cierre de del último encuentro del Foro de San Pablo, donde él plantea una visión bastante crítica respecto del Estado, por lo menos al Estado que tenemos. Estamos hablando de una experiencia en Venezuela que lleva catorce años en el gobierno, y lo que fundamentalmente plantea es que el Estado burocratizado se ha convertido o es en realidad un peso. Ha sido un peso en todos estos años, un peso para sobrellevar una realidad difícil de transformar.

El Estado neoliberal está heredado y construido durante mucho tiempo para llevar adelante políticas antipopulares, apropiado por nuevas administraciones, por una administración que tiene una direccionalidad revolucionaria, una direccionalidad por intercambio, y tienen muchas dificultades los compañeros que han encabezado por el propio Chávez, que más allá de que nosotros podamos pensar o analizar o discutir errores, las dificultades para ser coherentes, consecuentes, de todas maneras hay ahí un primer elemento o un elemento que plantea desde una experiencia concreta que se está llevando adelante, a lo que le podemos criticar un montón de cosas pero que no le podemos dejar de reconocer perseverancia, consecuencia, coherencia, intenciones permanentes de buscar iniciativas para definitivamente encontrar cuáles son los caminos más adecuados.

Después, obviamente tenemos los grandes debates alrededor del modelo económico. ¿Cuáles son las alternativas económicas en un mundo que no tiene nada que ver con lo del período anterior a la globalización? En eso obviamente está también el rol del Estado. Ahí, en la cuestión económica no voy a plantear nada más que eso, lo voy a dejar ahí para no extenderme, pero obviamente ese es uno de los grandes ejes: la discusión sobre el modelo económico.

La otra gran discusión parece que es sobre las alternativas que tenemos y que llevan adelante y sobre lo que hay copiosas experiencias de construcción en el terreno de lo social. Fundamentalmente, ¿cuál es el rol de la política de compensación?

Ese es un elemento fundamental, porque tiene que ver con la voluntad real de construir sociedades integradas; sociedades que no dejen de lado a porcentajes importantes de nuestra población, porque esa es parte de la realidad que tenemos. Después de catorce años de gobiernos progresistas en la región tenemos sociedades -aun en aquellas donde los procesos son supuestamente más radicalizados- donde todavía existen sectores sobre los que no hay políticas activas para integrarlos, y eso produce obviamente un cuestionamiento al corazón de nuestro modelo, porque nuestra razón de ser es justamente construir sociedades que tengan otra característica.

Por supuesto ahí está el debate de si vamos "en camino a" y el tiempo es más largo o si realmente en algunos lugares estamos absolutamente estancados y el modelo que se está construyendo en realidad contempla porcentajes importantes de la población -que en la mayoría de los casos no es menor a un tercio- que sólo van a recibir políticas de compensación, que deben conformarse con eso.

Esto tiene que ver con el primer debate; es el debate permanente que tenemos nosotros, o sea desde los partidos de izquierda. Estamos avanzando en dirección de algo mejor de lo que tenemos o nos estamos conformando con lo que ya hemos logrado.

Y después, por supuesto, está el rol de este proceso de integración entre las organizaciones de izquierda en la región. Ese es un elemento que está en el debate de las grandes articulaciones. En el terreno político, los podemos encontrar al interior del Foro de San Pablo. En el proceso posterior al último encuentro se desató un debate, que parece que fue muy interesante, porque hubo una crítica de Atilio Borón, un intelectual argentino muy conocido en la región, que ha tenido un rol protagónico en el proceso de debate de estos años al proceso del Foro de San Pablo y hubo una respuesta de la conducción del Foro de San Pablo.

Ese es el debate. Ahí está en alguna medida el debate alrededor del rol de esa articulación política de los partidos de izquierda de la región del Foro de San Pablo. Ahí hubo un debate que en alguna medida tiene que ver con para qué nos juntamos nosotros, para qué sirve que nos juntemos.

Y también ese debate viene desde hace muchos años al interior de la otra gran articulación, que es la articulación entre los movimientos sociales, el Foro Social Mundial, que tuvo nacimiento en Brasil, en Porto Alegre, y que tuvo un rol fantástico en una primera etapa; después entramos en discusión y debate de si debía seguir simplemente como un lugar de encuentro o debía trascender a un lugar donde podíamos verdaderamente articular y ponernos de acuerdo para accionar en políticas más efectivas, ya en una etapa que no era la de la resistencia, que es el momento en que nació, sino ya en una etapa de aporte de los movimientos sociales activos al proceso de construcción política de la nueva etapa.

Nosotros, en particular, desde el proceso que hemos hecho como organización tenemos cosas para decir y para aportar en ese sentido. Nosotros tenemos un movimiento social que creció fundamentalmente en la etapa de la resistencia y que no ha dejado de jugar un rol social y político en todo el proceso posterior, y al día de hoy lo sigue jugando.

Por lo menos de parte nuestra, ese es el objetivo para buscar siempre, no dejar de buscar nunca lugares y momentos de encuentro que nos permitan interrelacionarnos y, si es posible, sostener esos lugares de articulación y de encuentro para mejorar nuestro accionar político.

Lo importante es que -más allá de que podamos tener alguna diferencia- somos todos partes de este proceso que estamos haciendo. Entonces, discutimos cosas que son concretas, no son sólo construcciones académicas.



EL DESAFÍO ES ABRIRLE PASO A LA RUPTURA

HÉCTOR TESTA FERREIRA

Dirigente del Partido Progresista y de la Red SurDA de Chile.

Hablando de alianzas y articulaciones progresistas y populares que se expresen efectivamente en el escenario político institucional, Chile es uno de los países en el que, aparentemente, se ha estado más lejos de lograr una alternativa que rompa la hegemonía neoliberal en nuestro continente. Sin embargo, hay motivos para el optimismo en lo que ha venido pasando en nuestro escenario político y social.

Hablar sobre Chile se torna un tanto difícil a veces porque desde hace mucho tiempo, pareciera ser que se viene instalando esta idea de que es una especie de excepción en nuestro continente; el lugar en donde, antes que en ningún otro en el mundo quizás, se instauró un modelo neoliberal de manera sistemática, por una dictadura instaurada tras la cruda derrota militar y política a un gobierno bastante y un proceso político popular (también bastante excepcional), la Unidad Popular de Allende.

Con el correr de los noventas Chile se mostró como modelo de las políticas neoliberales en latinoamérica y el mundo, promovido hasta la saciedad como el lugar donde los dogmas del Consenso de Washington se habían consolidado y logrado construir un esquema de estabildades duradero y referencial. Y mientras en la mayor parte de los países se han venido construyendo alternativas políticas, populares, progresistas, de izquierdas, en Chile hemos también tenido el ascenso al poder de un gobierno de extrema derecha, como es el encabezado por Piñera.

Sin embargo, viéndolo desde cerca, la elección donde obtuvo su triunfo fue más bien la consecuencia de una larga corrosión de las legitimidades de los Gobiernos de la Concertación, antes que un alza en las ideas o presencias sociales de la derecha. Adicionalmente, en el último tiempo se han venido sucediendo un ciclo de movilizaciones sociales históricas por su masividad, permanencia, e intensidad, con un movimiento estudiantil que se ha venido constituyendo en actor social insoslayable en el escenario político chileno, verdadera punta de lanza de un conjunto de demandas y anhelos populares que vienen al alza, y que han modificado de manera relevante los marcos del debate político en nuestro país.

Tal cosa ha sido el fruto de un proceso de aprendizajes y maduración de saberes y experiencias que vienen trayendo las nuevas generaciones de chilenas y chilenos que hemos estado construyendo un camino político por fuera y alternativo al neoliberalismo y la gobernabilidad del cogobierno Concertación-Alianza, el duopolio binominal que hemos tenido en las últimas dos décadas. Y es desde

esa multitud de organizaciones, movimientos y redes, que hemos, desde muy variadas corrientes y espacios, logrado levantar un escenario de movimientos sociales en alza, que hacen sentido en una mayoritaria parte de la ciudadanía, y que no sólo ha logrado modificar en buena parte la situación política y el marco del debate público, si no que además ha hecho que el gobierno de Piñera haya estado prácticamente incapacitado para llevar a cabo su programa de Gobierno.

Y es que, como se mencionó antes, paradójicamente Piñera no llega al gobierno por una especie de derechización del escenario político nacional, sino todo lo contrario. Llega al Gobierno más bien por una progresiva caída de la legitimidad y de las credibilidades de la Concertación que durante 20 años profundizó y perfeccionó el modelo neoliberal en Chile, con una descomposición que es tanto electoral como también cultural del neoliberalismo: ahí el rechazo al lucro y a la convivencia de intereses empresariales y políticos, a la mercantilización de la vida, al endeudamiento como forma de acceso a los bienes y derechos, al individualismo, en suma, al mundo ideológico instaurado tan fuertemente con la transformación "a la neoliberal" de la sociedad chilena. La elección del 2009 más la pierde la Concertación, que lo gana la derecha encabezada por Piñera.

Yendo a lo más reciente y coyuntural, tuvimos una elección municipal con un porcentaje de abstención histórico, de casi un 60 por ciento, en donde la derecha perdió comunas emblemáticas, en donde la Concertación cae también en más de 200 mil votos en relación con la elección municipal anterior y en donde también, se abre paso cada vez más un debate interno al movimiento social y al movimiento estudiantil, donde algunos sectores llaman a la abstención como una forma de rechazo a un sistema político, económico y social que asume una creciente parte del país.

En los últimos tiempos, especialmente en los dos últimos años, y muy empujado por la irrupción del movimiento estudiantil, se instala con más fuerza la demanda por una asamblea constituyente que redacte una nueva Constitución. En Chile aún padecemos la Constitución dictada durante la dictadura bajo Estado de sitio: la Constitución del 80' y las leyes complementarias que forman la estructura institucional vigente del país, fueron dictadas prácticamente todas durante la Dictadura. En algunos casos, "perfeccionadas" por los Gobiernos de la Concertación como, por ejemplo, en lo referido a la educación.

El movimiento estudiantil fue desde sus inicios, quizá el actor social más movilizado y articulado de la transición pactada en adelante. Madura en sucesivos procesos de movilizaciones año tras año, con una búsqueda organizativa e identitaria de múltiples colectivos, movimientos y corrientes que han venido perfilando un polo político en formación. En el año 2006 marca un hito en ese proceso: con una gran movilización estudiantil, sobre todo encabezada por los estudiantes secundarios, se logra por primera vez romper notoriamente el cerco político y mediático, e instalar al movimiento estudiantil como actor imposible de omitir en el escenario político nacional. La demanda articuladora de la "revolución pingüina" del 2006 fue el rechazo a la LOCE, es decir, la Ley Orgánica Constitucional de Enseñanza, una más del paquete de leyes "de amarre" que dejó la Dictadura, dictada el último día de su larga estadía en La Moneda. Fundamentalmente, la LOCE instauraba la privatización y la mercantilización de la educación en Chile, construyendo las bases de un radical abandono del Estado, y configurando, en muchos sentidos y aspectos, el sistema más desregulado y privatista de los modelos de educación a nivel mundial. El abandono del Estado a un rol "subsidiario" y la reproducción de la desigualdad que genera tal esquema queda al descubierto desde todas las ópticas posibles, más con las multitudinarias movilizaciones del 2011.

En ese esquema el movimiento social y, en particular, las nuevas generaciones, hemos venido cons-

tituyéndonos básicamente por fuera del esquema político electoral dominado por las dos grandes coaliciones binominales. Cuestión que es una virtud en cuanto a la capacidad de generar dinámicas y referente relativamente autónomos al poder de las elites políticas de amplia hegemonía neoliberal, pero que representa también la dificultad por expresar las fuerzas y avances en la escena institucional y electoral. Frente a ello, el verdadero veto que ha tenido la derecha (facilitada en mucho por el sistema electoral binominal y los altos quórums requeridos a nivel parlamentario), y el rumbo altamente neoliberal que fue adoptando casi la totalidad de las cúpulas de la Concertación (el llamado "partido transversal" que ha pasado por arriba de sus cuatro partidos), han terminado generando una crisis de legitimidades inédito en la historia reciente del país.

Por todo lo anterior, el movimiento estudiantil representa en la escena pública del país un conjunto de malestares y descontentos que apuntan al corazón del modelo neoliberal. No son demandas meramente económicas o gremiales como intentaron (y lograron tantas veces) mostrar las elites políticas, intelectuales y mediáticas dominantes, sino que apuntan al núcleo social, económico y cultural y político del modelo neoliberal en Chile: la demanda de un sistema de educación gratuito, inclusivo, fundado en otros valores y anhelos de igualdad e integración social, el rechazo al lucro y los múltiples abusos empresariales, una nueva Constitución e institucionalidad política. Misma cosa puede decirse de las referenciales movilizaciones regionalistas y de disputa de territorio en varios lugares de punta a punta del país (Magallanes, Aysén, Calama, Valle del Huasco, Mehuín, y un largo etcétera), que habitualmente se enfrentan cara a cara con las grandes empresas y sus enclaves productivos, de alta extracción de recursos y explotación intensiva del territorio. Todo ese caudal de fuerzas puestas en la calle y de apoyos ciudadanos y referenciales organizaciones sociales con una no menor fuerza propia (las asambleas ciudadanas, los medios y redes de comunicación), han podido cambiar el eje del debate político en el país, pero a la vez, se encuentran por ahora taponeadas por el cerrojo institucional que padecemos. Cunde, por lo mismo, cierta sensación de estancamiento parcial que es preciso superar con nuevos pasos en la dirección de expresar políticamente este proceso de acumulación ya imposible de negar ni tapar.

En el ámbito del trabajo, por otra parte, debido a la férrea legislación laboral dictada en dictadura y un nuevo orden productivo y laboral fragmentado y disciplinado justamente por las dinámicas neoliberales (en especial el omnipresente endeudamiento y el miedo a "perder la pega" o "caer en Dicom" -el boletín comercial que lleva el listado de morosos-), ha sido muy difícil para el movimiento sindical acompañar este proceso, pero aún así, también se ve una tendencia que apunta a la creación de un nuevo sindicalismo capaz de dar pasos también desde ese ámbito.

En ese contexto, algunos sectores de los movimientos organizados hemos logrado confluir en posiciones con los sectores más genuinamente progresistas de la Concertación que, por su parte, llevan ya varios años de desgaste y desgajamiento desde sus partidos de origen. Por ejemplo, la candidatura presidencial de Marco Enríquez-Ominami, (hoy Partido Progresista de Chile), que obtuvo un muy esperanzador 20 por ciento en las elecciones del año 2009. Es muy ilustrativo el que en esta última elección el candidato de la Concertación fuera Eduardo Frei Ruiz-Tagle, Presidente de la República en los años 90', representante de lo más neoliberal y conservador de la ex coalición gobernante, fue quien mandó a José Miguel Insulza a defender y a traer de vuelta a Pinochet desde Londres, el que firmó el tratado binacional minero con Carlos Saúl Menem, el que privatizó todo lo que quedaba por privatizar el sistema de agua, los ferrocarriles, etcétera. Su Candidatura obtuvo un 29% en primera vuelta pasando a la segunda, en buena parte debido al sistema electoral, que hasta esa elección, la del 2009, excluía a casi 5 millones de personas del padrón electoral: precisamente aquellas nuevas generaciones poco proclives a inscribirse y donde están concentradas

las opiniones más críticas al modelo político y económico, y donde, yéndonos a las elecciones del 2009, las candidaturas alternativas al duopolio binominal (la de Marco Enríquez-Ominami y, en menor medida, la de Jorge Arrate) tenían sus más altos apoyos.

Tal sistema de inscripción electoral voluntaria y de votación obligatoria, fue diseñado precisamente para obstaculizar la aparición de “sorpresas” electorales de la mano de los descontentos de las nuevas generaciones, y tuvo como efecto el que en Chile, tras el plebiscito de 1988 (el plebiscito del Sí o No a Pinochet), donde se inscribió a casi la totalidad de los mayores de 18 años, la inscripción casi bajó a cero en los años posteriores, y el padrón electoral fue así reduciéndose a medida que pasaban los años de “governabilidad a la neoliberal”. Por este esquema político de estabildades y gobernabilidad elitistas, de retraimiento de las personas a su vida individual y familiar, de desencanto de la sociedad hacia lo público en general, por las privatizaciones, por la mercantilización de la vida, tuvo en las nuevas generaciones su más clara evidencia en cuanto a su distanciamiento y rechazo al esquema político establecido.

De hecho, muchos de las nuevas generaciones de militantes hemos sido parte de ese autoconstituirse desde fuera del esquema político- electoral hasta hace muy poco, y sigue existiendo un importante abstencionismo electoral en el activo social y político del país: de la mano de un no estar dispuestos a involucrarse en el esquema binominal y la gobernabilidad pactada, y, en particular, a los gobiernos de la Concertación y su dinámica de cogobierno con la derecha y el alto empresariado, se fue constituyendo una postura antielectoral que es un dato importante en la escena política chilena, en especial entre los más jóvenes.

El sistema electoral mencionado fue modificado en cuanto a la inscripción (que pasó de voluntaria a automática), en buena parte, como reforma gatillada por el desgaste que tiene en Chile la legitimidad de la institucionalidad en general. Es debido a eso que las elites vienen aceptando la necesidad de hacer reformas que, aunque parciales y acotadas, les permitan recuperar la legitimidad perdida y controlar la situación política abierta con el amplio descontento ciudadano y las movilizaciones sociales en particular. Pero tal como muchos habíamos anunciado, la mayor parte de los nuevos inscritos se abstuvo de votar, e incluso una de los dos referentes más importantes en el mundo de los estudiantes secundarios, convocó a una campaña por la abstención que se llamó “Yo No Presto el Voto”, que más allá de influir sustancialmente en su número, reforzó en el debate público el tema de la crisis de legitimidad y participación del sistema político chileno, cosa incuestionable con la cifra de una abstención casi el 60 por ciento de los electores.

Junto con lo anterior, en las elecciones municipales de octubre de 2012 surgieron algunas candidaturas de fuerzas alternativas que hemos logrado avances electorales bastante significativos, con triunfos en algunas municipalidades. El Partido Progresista en alianza con otras organizaciones y movimientos de base local, logró ganar en diez Comunas, número bastante importante dado el contexto de extrema dificultad que tiene una nueva fuerza para emerger en el escenario político-electoral chileno. Avances relevantes en articulación y experiencia electoral obtuvieron otras fuerzas, aunque todo aún en el marco de dificultades mencionadas.

La derecha tuvo una derrota fenomenal que ni siquiera los más optimistas de la Concertación o las izquierdas esperaban. Perdieron en buena parte de las comunas más importantes y emblemáticas de Santiago, incluso algunas de clase media alta, históricamente alineadas hacia la derecha. Referencial fue la derrota de un emblema de la dictadura, el ex coronel Labbé, miembro de la DINA, la Dirección de Inteligencia Nacional de Pinochet; una candidatura muy emblemática y uno de los

puntos más resonantes en la elección pasada, por el significado histórico que tiene: simboliza la derrota cultural y social del pinochetismo más duro, que pierde uno de sus referentes más tradicionales. Perdió también en la comuna de Santiago y otras tantas de la capital, y en un conjunto de otras de alta concentración urbana a lo largo del país. Debido a la sobrevivencia del esquema binominal (que debe su nombre al sistema electoral parlamentario pero que es bastante más amplio a aquél), eso significó una recuperación de un número significativo de Alcaldías para la oposición, en especial para los partidos de la Concertación.

A pesar de lo que pudiera parecer y de lo que han intentado decir las dirigencias concertacionistas, tal cosa no se dio porque la Concertación tenga un nuevo impulso, sino principalmente porque la derecha ha perdido muchos de sus votantes, aproximadamente unos 800 mil votos menos que en la elección municipal anterior. La Concertación también bajó su votación en unos 200 mil votos, pero se le sumó una nueva fuerza a su coalición, el histórico Partido Comunista. Desde el Partido Progresista, la Red SurDA, y tantas otras fuerzas del campo popular y de movimientos sociales en Chile, diferimos en esa búsqueda de algunos sectores de las izquierdas que, a nuestro juicio, vienen transitando un camino que los termina transformando en una especie de apoyo o "salvavidas" de la Concertación, en un momento en que esta se cae a pedazos en la legitimidad de la ciudadanía. Esta diferencia cruza tanto a los referentes políticos como también al movimiento estudiantil y al conjunto de los movimientos sociales en el país, y es, sin exagerar, el debate estratégico más relevante hoy por hoy entre las fuerzas movilizadas: ¿qué relación se tiene con el viejo esquema instituido del binominalismo del esquema de las dos grandes coaliciones? En particular, ¿qué relación se tiene con la Concertación?

Y es que la Concertación es una fuerza que une a sectores que, más allá de sus trayectorias pasadas y de sus propósitos declarados en su origen, terminaron instaurando cuatro Gobiernos ampliamente neoliberales y de cogobierno con la derecha y el alto empresariado nacional y transnacional. Si nos pusiéramos a detallar ese recorrido y sus múltiples facetas, daría para hacer una exposición entera sobre ello. En el grueso de sus políticas encontramos un neoliberalismo bastante extremo e incluso, si uno mira cómo estaba compuesto el gabinete del gobierno más progresista, entre comillas, que fue el de Michelle Bachelet, se da cuenta de que era ampliamente proempresarial y alineado con Estados Unidos. Por citar dos casos paradigmáticos, su Ministro de Hacienda y hombre fuerte de su Gobierno, Andrés Velasco, recientemente estuvo en Venezuela, haciendo campaña por Hernán Capriles. Su Ministro del Interior, Edmundo Pérez Yoma, hoy mantiene un duro conflicto con las organizaciones sociales del territorio donde él es dueño de tierras mediante una empresa agrícola, que, se ha comprobado, viene robando aguas sin ningún tipo de pudores, generando sequías y desplazamientos obligados de los campesinos de la zona.

El tronco principal de la Concertación está compuesto por la Democracia Cristiana (de fuerte inclinación derechista a pesar de su origen socialcristiano), y por un Partido Socialista cada vez más "derechizado" y desde el cual han salido mayormente estos "desgajes" de la Concertación hacia la izquierda, como en su momento el MAS de Alejandro Navarro, o Marco Enríquez-Ominami, o el anterior Candidato a la Presidencia Jorge Arrate (apoyado por una coalición encabezada por el Partido Comunista). En los otros dos partidos de la Concertación, el Partido Radical Social Demócrata, y el Partido por la Democracia, hoy en día hay sectores que se mueven más hacia una alianza de centroizquierda en conjunto con el Partido Comunista (y eventualmente otras fuerzas como el Partido Progresista y otros), que impulse una nueva coalición que supere a la Concertación, aunque hoy por hoy, tales anuncios quedan puestos en un segundo lugar tras el alineamiento político que produce la Candidatura Presidencial de Michelle Bachelet. De todas formas, entre los cuatro

partidos (y más allá de ellos) hay una suerte de “partido transversal” compuesto por cúpulas que han tenido el control de la coalición concertacionista, y que controla, además, la Candidatura de Bachelet, sin indicios de cambio en aquéllo.

Fuera de los muros de ese mundo, tenemos un conjunto muy grande de movimientos, colectivos, organizaciones y redes. No hay dudas del ensanchamiento del mundo social organizado en estos últimos años: las constantes movilizaciones lo demuestran casi sin pausa, y las redes sociales logran romper el bloqueo comunicacional y colaboran sustancialmente en la convocatoria e intercomunicación de lo que ha ido ocurriendo.

Esa multitud en movimiento es diversa y muy plural, pero en general se agrupa en torno a una demanda y a un eje programático, la realización de un proceso y Asamblea Constituyente. No sólo se apunta a la obtención de una nueva Constitución que deje atrás la Constitución de la dictadura y retocada por reformas menores durante los Gobiernos de la Concertación, sino que también queremos que ello sea el producto de un proceso Constituyente similar a los que se han llevado adelante en otros países de nuestro continente y que han sido bastante exitosos en cuanto a abrir paso a transformaciones más profundas que una mera reforma, como ha ocurrido, por ejemplo, en Venezuela, en Ecuador y en Bolivia. No queremos que las fuerzas del antiguo régimen cambien algunas cosas periféricas o secundarias para mantener lo sustancial del modelo, queremos comenzar a poner las bases de un cambio refundacional inédito en nuestro país.

El desafío es esa abrirle paso a esa ruptura, que, tal como señalan los resultados de las encuestas, tal como se palpa en la calle, lleve eso a una expresión política que transforme radicalmente las correlaciones de poder y las instituciones en Chile: esos anhelos tienen fuerza y una mayoría creciente que va de punta a punta en el país. Ahora bien, ¿cómo llevar esa ruptura al plano político? ¿Cómo se constituye a partir de allí un nuevo polo o un frente amplio? Creemos que esta articulación de fuerzas sociales y políticas, que se da en varios países, es algo del primer orden de prioridades. Pero en la actualidad, claramente no hay un consenso acerca de cómo se tiene que llevar adelante ese proceso. De todas formas, ese proceso está en curso, está en marcha y probablemente, el año próximo, en la elección presidencial y parlamentaria, esto se va a ver reflejado, aún cuando lo más probable es que aún no de manera tan clara y determinante, pues la candidatura de Bachelet logra, por ahora, esquivar la caída de apoyos hacia la Concertación, e incluso logra arrastrar tras de sí a una parte del mundo social más organizado.

Para terminar, unas palabras desde el optimismo activo: una de las cosas que tiene la política y los procesos históricos es que puede haber derrotas aparentes, como efectivamente fue la llegada de Piñera a la Presidencia, que bien pueden ser reversibles, en triunfos y avances populares (y también viceversa). Para todo militante del campo popular, progresista y de izquierdas, no es un escenario muy deseable ver al pinochetismo volver a La Moneda. Sin embargo, en los últimos años podemos decir con mucha esperanza y con mucho orgullo que hemos avanzado no pocos pasos en la construcción de una alternativa política al neoliberalismo en Chile. Y como se decía en un cartel puesto en una de las tantas tomas estudiantiles del último tiempo: “Vamos lento, porque vamos lejos”.



LAS LUCHAS POR EL PODER INTERNO Y LA DIRECCIÓN

HENRIQUE FERREIRA BUENO

Secretario de Relaciones Internacionales del Partido del Movimiento al Socialismo (P-MAS) de Paraguay. Ex-Asesor del Viceministerio de la Juventud durante la presidencia de Fernando Lugo (2011-2012).

Paraguay sufrió treinta y cinco años de dictadura stronista, siendo Alfredo Stroessner el jefe de la Fuerzas Armadas. Este gobernó durante treinta y cinco años con una alianza entre las Fuerzas Armadas y el partido Colorado.

La tradición democrática y de participación en Paraguay no fue tampoco muy larga en el siglo XX. Tuvieron lugar varias guerras civiles, revueltas y golpes de Estado. Entre ellas, se encuentra la revolución de 1936 que fue dirigida por un coronel de la guerra del Chaco, Rafael Franco. Con ella se dieron algunos avances en términos populares y sociales. Se trataba de una fuerza heterogénea que tenía desde fascistas hasta comunistas en su interior. Quisiera aquí, puntualizar dos cosas, el gobierno Rafael Franco estaba configurado por fuerzas que tenían proyectos históricos confrontados, y las políticas sociales eran tomadas desde el gobierno, hacia el pueblo. Este gobierno duró casi un año.

Así como hay elites de derecha, también hay elites de izquierda. Este gobierno, a pesar de tener políticas populares, no logro tener una base de apoyo popular.

Este gobierno cae al año debido a medidas que, si bien puede decirse eran avanzadas, fueron tomadas por una cúpula que no tenía consonancia con el movimiento del pueblo en general.

Parece paradójico, pero desde 1989 -después de la caída de Alfredo Stroessner- hemos vivido una democracia en la que nuevamente quien gobernó, manejó el Congreso y también la República era del mismo signo, del mismo partido, el Partido Colorado.

Hay que tener en cuenta que la dictadura de Alfredo Stroessner logró no ser una dictadura cuasi exclusivamente represiva con aparatos de represión física hacia la sociedad, sino que logró entrar en el corazón mismo de la sociedad y tener adhesión dentro de ella. Se volvió socialmente aceptada la persecución hacia elementos que podrían llamarse progresistas o de izquierda y eso caló muy hondo en el pueblo. Hoy podemos sentir aún esos síntomas de una generación de la dictadura que no termina de morir. Esto impide que las movilizaciones populares y las expresiones de izquierda y progresistas sean fuertes.

También me gustaría mencionar que la división más importante en nuestra sociedad -porque vivimos en una sociedad de clases- es entre propietarios y los que tienen como propiedad privada su fuerza de trabajo, su capacidad de salir a trabajar en otros países más desarrollados o menos desarrollados.

En Paraguay está lo que normalmente se llama oligarquía, la cual tiene una manera particular de dominar a la sociedad. Debemos reconocer que dentro de la sociedad la lucha por los cambios es una lucha por el control del poder y el control del poder implica la dominación de uno sobre otro.

Entonces, la oligarquía es una manera de dominación -pero no la única- que no pertenece exclusivamente a una clase, a un sector o a un grupo de clases, sino que a veces es transversal e inclusive puede estar conformada por distintas clases, pero cuyo objetivo es mantener la dominación económica y política. Está basada en la alta concentración de riqueza y de toma de decisiones. En este caso, tenemos una clase dominante oligárquica que no permitió perder ni un centímetro sus privilegios, y que usa a la clase política para mantener el Status Quo. Lo vimos en el golpe político parlamentario a Lugo.

Para nosotros, la oposición a ese régimen de gobierno -el oligárquico, o la manera oligárquica de dirección política-es la democracia, que es la participación amplia de sectores sociales en la toma de decisiones y en la dirección del Estado para resolver problemas cotidianos y también futuros.

Cuando en el año 2008 irrumpe la figura del obispo Fernando Lugo, había un desgaste hacia esa manera de dominación de unos pocos, con una base social estrecha, en represalia de la gran mayoría. Pero la gran mayoría identificaba esa forma de dominación y de desgaste con el partido Colorado. Este partido había gobernado durante sesenta años nuestro país hasta la victoria de Lugo, producto de una alianza nuevamente de sectores que podemos decir estaban encontrados, pero cuyo objetivo común era derrocar al partido Colorado.

Aquí es donde yo quisiera hacer un paréntesis, ya que si bien el primer paso era vencer al partido Colorado en términos electorales, el segundo paso debería haber sido erradicar la cultura propia de ese partido: una cultura prebendaria y caudillesca con la cual las políticas del Estado estaban basadas en los caciques políticos, que utilizaban al estado para mantener su dominio de cacique, tratando de comprar a la gente con migajas prebendarias.

En el gobierno de Lugo se tomaron medidas bastante tibias en relación con este punto.

El apoyo político del gobierno en el parlamento era exageradamente ínfimo. Como sabrán, en nuestro país prácticamente el Parlamento tiene más poder que el Poder Ejecutivo, con lo cual éste puede determinar en qué se gasta el dinero del Estado y en qué no.

Deseo detallar algunos errores de origen que creo que tuvieron lugar. En primer término, la izquierda no fue unida, ya que si bien consensuó el apoyo a Fernando Lugo, fueron en listas separadas y, según los cálculos que nosotros tenemos, si se hubieran juntado habrían metido más gente en el Parlamento. Como eso no fue logrado, entonces tendría que haber habido otras opciones para tratar de revertir la situación.

Al asumir en el poder el 15 de agosto de 2008, la popularidad de Lugo era del 80 por ciento y el Parlamento tenía una baja aceptación y credibilidad. Sostuvimos y seguimos sosteniendo que la

primera medida –o, por lo menos, el primer llamamiento a las bases populares- era modificar la Constitución y las reglas de juego, porque con ellas uno estaba atado de pies y manos, ya que se dependía de lo que decida o no decida el Parlamento.

Pero también hay que hablar de aquello que el gobierno de Lugo posibilitó. Permitió que la Izquierda tenga una expresión un poco más importante a la que tenía antes del 2008.

También posibilitó que hoy, aunque sea de una manera tímida, ya esté instalado en la sociedad el debate ideológico. Antes era casi imposible hacer esos debates a nivel general.

Asimismo, el Estado se empezó a modernizar un poco. La oligarquía no era solamente un régimen de dominación sino que también era un régimen social en el cual uno se relacionaba con otro a través de caudillos y conseguía beneficios a través de contactos o amigos. El Estado logró impersonalizarse y trató de empezar a generar políticas que colaboren con el bienestar de la población, aunque de un modo un poco tibio, ni tan fuerte ni radical.

Pero, sostuve que como existe una elite de derecha, también existe una elite de izquierda, así como en 1936 –salvando la distancia de temporal y diferencias de contexto- el gobierno no logro generar una apropiación popular de las políticas de gobierno, las políticas, aunque tibias, se tomaban del gobierno hacia la población, sin mayor participación de la gente.

El golpe parlamentario del que hablaba anteriormente el compañero, el jaque al Parlamento se dio en el 2008, 2009, 2010, 2011, hasta que por fines del 2012 tuvieron una excusa para realizarlo. Fue posible gracias a que el partido Liberal -el partido de la alianza de gobierno- votó a favor del golpe y ya todos sabrán que el libelo acusatorio era de mero trámite. Si analizan el libelo con el cual se acusó al presidente Fernando Lugo, verán que era un chiste.

Con ello, vuelven nuevamente las medidas propias de un sistema oligárquico con las cuales se hacen retroceder otras medidas. Por ejemplo, durante el gobierno de Fernando Lugo se prohibía a los productores de soja fumigar a mansalva. Tenían que cumplir ciertos reglamentos. Esto había suscitado problemas en el interior mismo del gabinete con sectores del partido Liberal, que eran propios de los sectores oligárquicos dominantes.

También volvieron otras medidas, como la minera Río Tinto Alcán, que entró fácilmente y que había tenido varias trabas durante el gobierno anterior.

La biotecnología, la soja y el maíz transgénicos que no tenían entrada en nuestro país, prácticamente a una semana del gobierno nacido del golpe ya tienen vía libre.

Asimismo, existieron otras medidas económicas de ese tipo.

¿Cómo repercutió en nuestro país el golpe? El intelectual portugués Boaventura do Santos, que escribió "Las siete cartas a la izquierda", habla de algunas cuestiones que son sintomáticas a los partidos de izquierda cuando son desalojados del poder. Una de estas es la lucha por el poder interno y por la dirección, por ver quién dirige a la izquierda luego de la derrota. En Paraguay también sufrimos esto.

24 | ¿HACIA DÓNDE VA AMÉRICA LATINA?

Algunos pueden decir que son problemas electorales. Si bien el problema se presenta como electoral, por la ubicación en la lista de senadores y demás, el problema de fondo realmente es otro y viene de mucho más atrás. Justamente, son problemas de disputa por quién a partir de hoy dirigirá a la izquierda.

Normalmente la derecha resuelve bien esos problemas y, por lo general, va unificado o resuelve de mejor manera que la izquierda.

En Paraguay actualmente nosotros estamos divididos en dos bloques por problemas de peleas internas. Para las elecciones de abril de 2013 vamos a presentarnos con dos listas. Espero que terminemos apoyando por lo menos a un candidato presidencial único, aunque de hecho iremos nuevamente con listas parlamentarias divididas. A raíz de esto, tuvimos problemas con el gobierno anterior al que finalmente le dieron el golpe.



LA RADICALIDAD Y LA EMERGENCIA DE LO INDÍGENA-POPULAR

PABLO STEFANONI

Periodista, director de Nueva Sociedad. Ex-corresponsal de Clarín y Página 12 -entre otros- en Bolivia (2004-2010). Co-Autor de Debatir Bolivia (2010), Bolivia. Memoria, insurgencia y movimientos sociales (2007) y La revolución de Evo Morales (2006). Autor de la antología y presentación de La Potencia Plebeya (2008) de Alvaro García Linera.

Tenemos la tendencia de seguir hablando de los nuevos gobiernos cuando ya en realidad casi ninguno es muy nuevo en este bloque progresista, nacionalista, popular o como queramos llamarlo. De hecho —como se ha mencionado anteriormente- Evo Morales ya lleva casi siete años. Aunque parece todavía un gobierno nuevo, es bastante tiempo.

Creo que muchas veces, cuando los propios dirigentes del MAS hablan de los procesos que fueron exitosos, en términos de que llegaron partidos populares al gobierno, se sigue dedicando mucho tiempo a contar cómo fue esa trayectoria de derrota del neoliberalismo y menos tiempo a hacer balances más concretos de estas experiencias. Querría no detenerme tanto en la primera parte y tratar de discutir un poco qué es lo que cambió en Bolivia y cuáles son algunos de los debates actuales y de los problemas que enfrenta esa experiencia.

Sería quizá más épico relatar de nuevo la guerra del agua, la guerra del gas, porque todavía a veces seguimos mucho con esos temas. Pero Bolivia también tiene otro problema. Muchas veces hay lecturas un poco utópicas y se exageran ciertas cosas. Por ejemplo, como McDonald's se fue de Bolivia una vez, ya se hizo de eso una especie de burbuja gigantesca. En realidad, se fueron por razones un poco más prosaicas digamos, de rentabilidad, etcétera. Pero ya salió el documental donde se decía que McDonald's fue expulsada de Bolivia porque allí se tiene una cosmovisión de la comida completamente distinta y cosas por el estilo.

En realidad, Bolivia está lleno de hamburgueserías locales, de pollo frito, etcétera. Con lo cual no se trataba solamente de comida sana versus McDonald's, pero eso es lo que se construye. Hace unos días Galeano en México también dijo una cosa bastante poética acerca de la salida de McDonald's, y entonces hay un cierto riesgo de analizar a Bolivia colocando ciertas pulsiones utópicas.

Hay muchas razones para que todo esto sea así, porque es el país de América del Sur que quizá aparece un poco más diferente, con una población indígena mayoritaria. Entonces, eso hace que a veces sea demasiado fácil hablar de que ahí se está poniendo en juego la modernidad, el capitalismo, occidente, todo.

Creo que por ello también es interesante discutir qué pasa en el proceso boliviano. A veces esa exageración de expectativa produce decepciones igualmente radicales, que es lo que pasa ahora con algunos compañeros, que esperaban tanto del gobierno de Evo Morales que ahora les parece el peor gobierno de la historia, sobre todo por el conflicto de Parque Tipnis, sobre el cual profundizaré después.

Creo que es interesante debatir sobre la naturaleza de este proceso que podemos decir que se inició con la guerra del gas en octubre de 2003 y que tuvo después un correlato institucional, un salto institucional, con el triunfo de Evo Morales en el 2005. De hecho, una característica del proceso boliviano -que no se vio así en otros procesos de América del Sur- es que hubo siempre un correlato entre la acumulación política popular de las movilizaciones en las calles y en los procesos electorales.

Si uno mira la Guerra del Gas, en los años 90, cuando Evo Morales llegó al Parlamento, luego la Guerra del Agua en Cochabamba en el año 2000, y cuando en el 2002 Evo Morales ya quedó segundo, muy cerquita del primero, y después la segunda Guerra del Gas en el 2005, cuando a finales del 2005 Evo Morales llega a la presidencia, todo eso indica un correlato que no se dio en otros lugares de acumulación en las luchas populares callejeras y en las luchas electorales.

La propia característica del Movimiento al Socialismo es un poco eso. Es un partido que surge a mediados de los años 90 de los sindicatos campesinos y se propone como un movimiento, un partido. La expresión que usan estos sindicatos campesinos, y también algunos urbanos, comunidades indígenas, etcétera, es "instrumento político".

Entonces, esta es una particularidad interesante, porque marca la forma en la cual Evo Morales tiene que gobernar después. Esas movilizaciones del 2003, y después las del 2005, dieron lugar a una especie de agenda, que se llamó la agenda de octubre, que fue parte de la base del programa electoral con la cual Evo Morales gana la presidencia en el 2005.

Ya ahí hay un dato interesante: Evo Morales es el primer presidente que gana con una mayoría superior al 50 por ciento desde la restauración democrática en Bolivia en el año 1982. En general hubo gobiernos, los gobiernos previos, entre 1982 hasta el 2005, que ganaron con pocos votos, sin tener una mayoría, y después lograron conseguir una mayoría con alianzas parlamentarias.

Evo Morales logró el 54 por ciento, y eso lo volvió además un gobierno bastante más fuerte que los anteriores. Esa agenda de octubre tenía dos ejes. Por un lado, la Asamblea Constituyente. Se la pensó además con una visión de refundación del país. Bolivia es un país que tuvo muchas Asambleas Constituyentes y varias veces se intentó refundar la nación, lo cual muestra también que hay bastantes dificultades para hacerlo, pero es interesante que del movimiento social surgiera esta idea de refundación institucional del país.

El segundo eje es la nacionalización e industrialización de los hidrocarburos. Bolivia es un país que tiene muchas riquezas naturales por las cuales es históricamente reconocido, que fueron renovándose. Es decir, en una época fue la minería de la plata y en el siglo XX fue la minería del estaño. En los años 90' se hicieron grandes descubrimientos de reservas de gas, que de hecho son las segundas de América del Sur. Bolivia se volvió una especie de potencia gasífera y ahora, con el nuevo auge de los precios de los minerales, volvió a ser una potencia minera muy importante en la región.

Entonces, la nacionalización de los hidrocarburos aparecía como una idea de repartir la renta de ese recurso de manera más democrática y más amplia que cuando estaba en manos de empresas transnacionales, que pagan pocos impuestos. Esa agenda dio lugar al proceso que vino después.

Esas dos medidas se concretaron. Evo Morales convocó a una Asamblea Constituyente. Muchos de ustedes habrán seguido este proceso que fue bastante complicado, con mucho conflicto interno, pero se logró aprobar una nueva Constitución en el año 2009, que dio lugar al cambio de lo que era una especie de República democrática liberal por un Estado Plurinacional.

Tendríamos que discutir después qué consecuencias prácticas tiene, pero esto es importante en términos del imaginario de la inclusión de las mayorías indígenas. Y es mucho más difícil después aplicar eso en términos concretos e institucionales.

Bolivia es un país donde según el último censo el 62 por ciento de la población se autoidentificó como parte del pueblo indígena. Va a haber otro censo en el año 2013. Va a ser interesante ver qué pasa con esa autoidentificación después de estos siete años de un gobierno que se define como indígena, o sea, si sube, si baja o qué pasa.

Esa forma de medir cuántos indígenas hay dio lugar a muchísimos debates, porque hay bastantes formas de hacerlo. No es lo mismo cómo se mide la población indígena en Bolivia que en Ecuador, por ejemplo. En el caso boliviano se da una identificación no con el término indígena sino con algún pueblo concreto: aymaras, quechuas, guaraníes. Y en el caso de Ecuador es una definición étnico-racial: mestizo, afro, indígena, etcétera. Esto varía mucho después cuando uno quiere comparar.

En cualquier caso, más allá de los censos, Bolivia es un país tradicionalmente indígena, y en realidad este Estado plurinacional contribuye a esa inclusión simbólica y también política, que ya se ha venido dando con la cantidad de indígenas y campesinos que habían entrado al Parlamento, a la Asamblea Constituyente y a diversos espacios del Estado desde el año 2002.

En segundo lugar, en enero de 2006 Evo Morales nacionalizó el gas, se ocuparon militarmente los campos petroleros, etcétera. Podremos discutir algunos de los procedimientos, pero la agenda de octubre se llevó adelante.

Todo esto tuvo lugar -como decía antes- en medio de muchos conflictos. Posiblemente el que más conozcan y que tuvo más repercusión afuera fue el conflicto entre el gobierno y los Departamentos autonomistas del oriente boliviano, que estaban liderados por el Departamento de Santa Cruz de la Sierra. Esa zona es básicamente agroindustrial, donde también están las reservas de gas, en Tarija, que es un Departamento del Sur, fronterizo con la Argentina. Allí se dio toda una pelea muy larga y compleja en la que esa oposición autonomista fue fuertemente derrotada.

Mencionaré simplemente un dato: de los cinco Departamentos que en ese momento llevaron adelante esta lucha autonómica con gobernadores opositores, hoy solamente queda uno gobernado por la oposición, Santa Cruz de la Sierra. En cuanto al resto, por distintos medios fueron desplazados los gobernadores conservadores y reemplazados por otros. A veces no son oficialistas, pero ya no son parte de ese bloque autonomista.

A partir de toda esa etapa que mencionaba antes, de tratar de concretar esa agenda de octubre y de pelear con la oposición conservadora, Evo Morales fue reelegido en el año 2009 con el 64 por

ciento de los votos; esto cerró la primera parte de luchas por la hegemonía, y claramente habilitó un gobierno con mucho poder.

Por un lado, ese 64 por ciento se tradujo además en que el MAS controla dos tercios de la Asamblea Legislativa, dos tercios del Parlamento, lo cual le da una serie de atribuciones también en el control del Poder Judicial.

Claramente es un gobierno que tiene mucho poder. Esto explica por qué –lo cual podremos discutir luego– lo que genera conflictos en Bolivia no es la oposición conservadora de derecha sino que se fueron trasladando los conflictos a las propias bases del MAS, a sectores campesinos, con conflictos de diverso tipo, corporativos, territoriales, etcétera.

Evo Morales tuvo a su favor que la política económica que llevó adelante no fue tan radical. Tuvo como eje la nacionalización comercial de los recursos naturales, que fue bastante exitosa en términos macroeconómicos. Mencionaré simplemente algunos datos: tanto el producto bruto interno como el producto interno per cápita se duplicaron en los últimos años desde el 2005 hasta hoy. Hay tasas de desempleo y de inflación bastantes bajas.

Básicamente se llevó a cabo un proceso de tipo nacionalista en lo político y desarrollista en lo económico. Esto es parte de la discusión que profundizaré luego, porque tiene que ver con cómo se mide la radicalidad de un proceso como el boliviano. Muchas veces se caracteriza al proceso boliviano como el más radical de la región. Aquí la discusión sería por qué es más radical y en qué sentido, y qué variables había que tomar para definir esa radicalidad.

En realidad, la radicalidad tiene que ver en el caso boliviano con esta especie de emergencia indígena popular que ocupa espacios que antes estaban ocupados por elites tradicionales. Entonces, si uno va a Bolivia va a ver un Parlamento lleno de campesinos, de indígenas, no tanto en los cargos de ministro pero sí en otros cargos del Estado, como viceministerios. De manera que nos encontramos con lo que algunos pueden llamar un recambio de élites, aunque se puede llamar de diversas maneras, pero esto es bastante evidente en Bolivia.

Por otro lado, hay una política exterior muy distinta. Podría haber radicalidad, y la hay, en relación con Estados Unidos, por ejemplo. Bolivia se alineó con un bloque muy diferente. El nivel de injerencia que tenía la embajada de Estados Unidos en La Paz era enorme, a tal punto que el edificio es más grande que el palacio presidencial; podría ser una casualidad, pero no lo es.

En el 2008, en el medio de la crisis, en el momento más decisivo de la relación con este bloque autonomista conservador, Evo Morales de hecho expulsó al embajador norteamericano, y todavía no hay embajadores, aunque se esté aparentemente cerca de un acuerdo para reponerlo. Ese podría ser otro elemento.

También hay otro factor donde el gobierno boliviano, la política de Evo, podría ser no muy distinta por ejemplo a la política social que lleva adelante Lula en Brasil, que a veces es considerado como parte de un bloque más moderado en estas visiones de dos izquierdas.

De hecho, la política macroeconómica en Bolivia fue bastante prudente. El ministro Luis Arce está desde que Evo Morales asumió. Sólo hay dos ministros que están desde el comienzo, que son el canciller David Choquehuanca, que es parte del ala indigenista, podríamos decir, y Luis Arce en

economía, que llevó adelante una política bastante prudente y exitosa en términos macroeconómicos. Hace poco el propio Fondo Monetario Internacional dijo que Bolivia había logrado resultados notables de éxito macroeconómico. Recientemente, Bolivia emitió -hacia 100 años que no lo hacía- un bono soberano, o sea, un bono del Estado en el mercado internacional, y logró una tasa del 4,8 por ciento, que es bastante buena. Eso quiere decir que hay confianza de los que invierten en el capital financiero y en el desarrollo.

Y todo eso está basado, por un lado, en una reposición del Estado en la economía, y por los precios internacionales altísimos de todos los productos que Bolivia exporta. Podríamos decir que la pata más débil de estos modelos es la dependencia excesiva de las materias primas y que la pata fuerte es que el Estado controla una mayor parte del excedente; eso permite hacer políticas sociales más incluyentes, aunque no deja de ser un problema. De hecho, parte de esta idea de reindustrializar los recursos naturales tiene que ver con eso. Pero eso es bastante más difícil que nacionalizar, porque ya no se trata sólo de un decreto sino de políticas mucho más complejas.

Entonces, hoy el auge de la minería hace que además Bolivia vuelva a ser un país minero. En los años 80 la caída de los precios había destruido prácticamente al sector minero de Bolivia. Hoy se vuelven a exportar minerales sobre todo a países asiáticos, en cantidades enormes y a precios muy altos.

Estas son las dos fortalezas, y también las debilidades importantes, a fin de discutir el tipo de inclusión que estos gobiernos de izquierda o progresistas están llevando adelante: si basta con políticas de reducción de la pobreza -que obviamente son muy importantes- o hay que pensar en horizontes mayores.

A partir de esto, lo que hay hoy en Bolivia son distintos tipos de críticas al gobierno. Por un lado, el gobierno tiene un fuerte apoyo en el sector rural, donde la Federación de Campesinos y sectores como los cocaleros o las mujeres campesinas brindan un apoyo prácticamente incondicional a Evo Morales. Lo que se ve con el paso del tiempo es un cierto debilitamiento en zonas urbanas, pero pese a que hay más conflictos hoy que hace un tiempo, Evo Morales tiene un apoyo bastante grande y podría ganarle a otro candidato.

Las críticas y los debates que están hoy en juego en Bolivia, por decirlo de alguna manera, se pueden agrupar en cuatro oposiciones. Una es la oposición conservadora, que mencioné antes y que está hoy muy debilitada. Insisto con esa cifra: de cinco Departamentos sobre nueve que gobernaba la oposición hoy sólo gobierna uno. O sea, la oposición regional conservadora está muy debilitada, pero también lo está a nivel político parlamentario, con lo cual no parece por ahora que viniera desde allí un desafío al gobierno.

En segundo lugar, hay un pequeño grupo de críticos que desde el nacionalismo dicen que el gobierno no hizo una nacionalización consecuente, que siguen las empresas transnacionales controlando en parte la producción de hidrocarburos, pese a que hoy los nuevos contratos establecen que el Estado es el propietario. De alguna manera, sería como que no nacionalizó lo suficiente. Esta es una crítica que existe.

En tercer lugar, hay una oposición -siempre poner nombres puede acotar demasiado- que podríamos denominar eco-indigenista, que sí tiene cierto peso mediático y sobre todo internacional, que se relaciona con la crítica basada en que el gobierno optó por una vía desarrollista bastante

decidida. Esa oposición comprende a los indígenas de tierras bajas -en Bolivia están los indígenas aymaras y quechuas, que son de tierras altas- y los indígenas del oriente boliviano, y hay también intelectuales, algunas ONGs, sobre todo ambientalistas, y algunos ex funcionarios del gobierno.

El punto más álgido de todo esto tiene que ver con la decisión del gobierno de construir una carretera que atraviesa un territorio, que es un parque nacional y además territorio indígena, llamado Isiboro-Secure (TIPNIS). Todo esto generó mucha polémica en Bolivia y de alguna manera puso en tensión el hecho de que el gobierno de Evo Morales hacía políticas desarrollistas con un discurso antidesarrollista; había toda una crítica al desarrollismo clásico, a la modernidad occidental, etcétera. Pero lo que sucede es que se trata de un proyecto de modernización del país, y esto tiene muchas razones para que sea así.

De hecho, quizá lo más simbólico de esta idea de Evo Morales de una especie de modernización fuerte en Bolivia es la decisión de comprar un satélite de comunicaciones, bautizado Túpac Katari, que fue el líder indígena de la rebelión anticolonial del Siglo XVIII, con lo cual si hay un símbolo de esta idea de indigenismo y modernidad es que Bolivia haya encargado a China la construcción de este satélite de comunicaciones, que además va a servir para proveer de Internet y de telefonía celular a todo el país. De hecho, la extensión del 100 por ciento de la electrificación rural y la telefonía celular son políticas muy importantes del gobierno de Evo, lo cual le da mucha legitimidad en el área rural, que fue tradicionalmente postergada.

A fines de 2012, fueron elegidos 64 becados por el Estado para ir a estudiar a la Academia Espacial China. En algún momento se espera que tengan alguna injerencia en el manejo de ese satélite que en primera instancia lo van a manejar los chinos. Pero más allá de cómo vaya el proyecto del satélite, es interesante para pensar como imaginario del gobierno de Evo Morales esa insistencia en tener un satélite propio. Y eso genera muchas críticas en el sentido de que finalmente es un gobierno desarrollista, etcétera, por algunos de estos sectores que son minoritarios, pero que como decía, tienen cierto efecto, sobre todo fuera de Bolivia, y que tiene que ver con la idea de que puede haber un proyecto alternativo a lo que se denomina la modernidad capitalista, un intento de pensar una idea de bienestar desvinculado de una idea clásica de desarrollo, de una idea materialista del desarrollo, asentada en las cosmovisiones indígenas, lo cual da lugar a un larguísimo y bastante complejo debate sobre cómo aplicar eso.

En general las discusiones del buen vivir son bastantes filosóficas y todavía hay pocas mediaciones de cómo concretar políticas públicas concretas, con lo cual en la práctica se va imponiendo una idea de desarrollo bastante convencional, porque además las demandas de los sectores populares y sobre todo campesinas en Bolivia son enormes, de larga duración, y tienen que ver con temas como la electrificación, la construcción de caminos, el acceso a la salud, a la educación, etcétera.

Entonces, ahí hay otro eje de discusión que es interesante. Y eso obligó al gobierno, como decía antes, a adoptar una línea desarrollista más importante.

Hace un par de años se hizo en Cochabamba una contra cumbre del clima, donde toda esta idea del vivir bien se oponía a las discusiones de la Cumbre de Copenhage sobre el calentamiento global y el cambio climático. Esta cumbre fue impulsada por el gobierno boliviano, y por eso mencionaba estos dos discursos o imaginarios que están en tensión dentro del propio gobierno. Justamente, estas crisis sobre el tema de las carreteras y otros temas llevó a Evo Morales hace poco a decir que "el ambientalismo es el nuevo colonialismo", lo cual estaba en tensión con muchas de las cosas que se habían dicho en esa cumbre de Tiquipaya.

Esto nos muestra que son debates bastantes complejos, sobre todo cuando a la vez que los estamos discutiendo se está gobernando. Entonces, no son solamente debates puramente filosóficos o académicos, ya que después hay que concretar todo esto en políticas públicas, y hay que considerar demandas de todo tipo.

Lo mismo sucede con el tema de la discusión sobre el extractivismo. Evo Morales decía hace poco: si no explotamos la minería y los recursos naturales, ¿con qué pagamos los bonos sociales? Esta es la pregunta. La discusión, en todo caso, es si aunque sea en el mediano plazo se piensa una agenda o no post extractivista o si se mantiene esta vía de explotar los recursos naturales y tratar de distribuir mejor el excedente.

La cuarta oposición -que puede ser interesante para seguir lo que pase en Bolivia hacia el futuro- es una oposición de centro izquierda que surge de la ruptura de la alianza entre el MAS y un movimiento, que sobre todo tiene peso en La Paz, que se llamó Movimiento sin Miedo, que gobierna La Paz desde hace varios años e hizo una gestión relativamente buena.

Este Movimiento sin Miedo en el año 2010 rompe la alianza con el MAS y con el gobierno; Juan del Granado, que es el líder de este sector, encabeza hoy un intento, y ya se postuló, de modo que aunque falta mucho para las elecciones es claramente un presidenciable.

En este sentido, se podría dar un escenario en el 2014, cuando se realicen las próximas elecciones presidenciales, diferente al anterior, porque antes Evo Morales competía con candidatos conservadores bastante impresentables. Eso no explica todo el 64 por ciento, pero explica por qué Evo Morales ganó tan bien con tanta diferencia, además de sus propios méritos. Los que estaban enfrente eran bastante feos -digamos así- como candidatos.

De hecho uno de ellos estaba detenido y fue candidato a vicepresidente desde la cárcel, el gobernador de Pando de Amazonia. Fue acusado de una masacre de campesinos justamente en medio de la puja entre el gobierno y la oposición autonomista en el 2008. De hecho, esa candidatura aparecía para reforzar la idea de que era un preso político.

Entonces, el escenario de las próximas elecciones puede ser un poco distinto si quien desafía a Evo ya no es parte del bloque conservador tradicional sino que es una figura de centro izquierda progresista que no tiene que ver con esa vieja política.

Por ahora, ese desafío es teórico y si hubiera una elección hoy Evo Morales ganaría. Como las elecciones van a ser a fines del 2014 hay que ver cómo se desarrolla ese escenario que mencioné antes, donde hay un cierto desgaste y conflictos, muchos de los cuales tienen que ver con temas casi de bonanza, como por ejemplo todos los conflictos relacionados con quiénes se apropian de los recursos de la minería.

De manera que va a ser interesante observar el devenir político y ver si hay una especie de oposición binaria entre el gobierno y la derecha o si hay una discusión en un campo que ya no es puramente progresista vs conservador sino que se presentan distintas ideas y formas de pensar el futuro boliviano.

De hecho, la posición del Movimiento sin Miedo no consiste en retroceder la historia a antes del triunfo de Evo Morales sino en tratar de demostrar que ellos podrían hacer mejor lo que Evo Morales está haciendo. El debate claramente es otro y más interesante, en cualquier caso. Creo que esto es lo importante.

Evo Morales va a presentar posiblemente en una nueva elección, aunque esto es bastante discutible desde el punto de vista de la Constitución aprobada en el año 2009. Lo que genera debate es si el primer mandato cuenta. O sea, si el mandato que alguien ganó con la Constitución vieja cuenta o no; o si todo se empieza a contar con la nueva Constitución.

Como eso es bastante obvio, la oposición logró en la Asamblea que se introdujera un artículo transitorio en la Constitución del 2009 que decía que el primer mandato sí cuenta. Eso le quitó cualquier ambigüedad al tema. Pero como siempre hay posibilidades, infinitas casi, de leer las leyes, el gobierno encontró —o ya lo había pensado antes, posiblemente— una excusa: como Evo Morales convocó a elecciones anticipadas con la nueva Constitución y no terminó su primer mandato, que duraba cinco años, sino que sólo cumplió cuatro, el primer mandato sólo cuenta si era completo, pero como no fue completo no cuenta. El vicepresidente García Linera llamó a esa estrategia una maniobra militar envolvente.

En todo caso, Evo Morales se va a presentar a un nuevo mandato, y quizá ahí surja —por lo menos el Movimiento sin Miedo ya amenazó con plantearlo— la posibilidad de forzar un referéndum popular para que se defina la reelección.

De todos modos, el gobierno juega con que eso no está en discusión y como falta mucho para las elecciones del 2014, todo va a depender más que de la lectura jurídica de la popularidad y de la fuerza política que tenga en ese momento Evo Morales para ir a una reelección. En cualquier caso, como decía antes, sigue siendo, pese a estos desgastes, una figura popular; el proceso boliviano —como también se mencionó antes— tiene mucho anclaje en lo que fueron las luchas populares. El hecho de que Evo Morales haya salido de ahí, de esas luchas, y que sea percibido por sectores campesinos indígenas como “uno de nosotros”, como “uno de los nuestros”, le da especial fortaleza a nivel político y simbólico.

Esto lo distingue de otros procesos que también pueden ser posneoliberales, pero que quizá no tienen un anclaje de ese tipo. En cualquier caso, se trata de un proceso abierto y habrá que ver cómo sigue.

Intenté mostrar los claroscuros de toda esta situación, que sin duda está implicando, desde el punto de vista de la inclusión de mayorías nacionales indígenas, un camino que no va a tener vuelta atrás, más allá de que el próximo presidente sea o no indígena o sea del MAS.

En ese sentido, es un proceso que indica un quiebre efectivo en la historia boliviana y que no es reversible. Creo que eso es lo más interesante, más allá de los vaivenes de la política y de la coyuntura boliviana.



ARTICULACIONES Y ALIANZAS EN LOS GOBIERNOS CON AGENDAS POSNEOLIBERALES

JOAQUIM SORIANO

Director del Núcleo de Estudios Agrarios y Desarrollo Rural del Ministerio de Desarrollo Agrario de Brasil. Miembro de la Dirección Nacional de Democracia Socialista. Ex-Secretario Nacional de Formación Política (2007-2009) y ex-Secretario General (2005-2007) del PT-Partido de los Trabajadores de Brasil.

En nuestros países, en América Latina, sin haber una combinación anterior o la decisión de conformar una coordinación revolucionaria o de una Internacional, en los últimos años tenemos una constatación: que es que la izquierda ha conseguido mayorías electorales en ciertos procesos, una hegemonía política antineoliberal y ha conquistado el gobierno de los países por la vía electoral. Esto no fue lo que yo debatía en mi juventud, si hacer una guerra popular revolucionaria o una insurrección a partir de la guerra de masas.

Fue a partir de procesos electorales, de conquistar mayorías electorales, que llegamos al gobierno y de forma no combinada hicimos procesos que podemos llamar (que queremos llamar y queremos construir una teoría y una explicación) un proceso de revolución democrática. En algunos de esos países, estos procesos se han profundizado al punto de refundarse a través de nuevas constituciones; en otros países, quedamos muy atrapados por la institucionalidad vigente, como en mi país, Brasil.

Es decir, no proyectamos un proceso de polarización social y disputa política por la conquista de hegemonía, para alterar profundamente las instituciones del Estado, que arrastramos de años de dominación burguesa.

Un gran compañero nuestro, un gran intelectual cubano, Roberto Regalado, ha escrito mucho sobre esto, y en un determinado momento ha hecho una distinción entre los países que hacían un proceso más avanzado, fundamentalmente a partir de la refundación del Estado, como en Venezuela, Ecuador y Bolivia; y otros más moderados, como el caso de mi país.

El caso brasileiro es una experiencia anterior y un poco distinta, que se inicia a principios de los años 80 con la crisis de la dictadura militar. Los años 80 en Brasil no fueron exactamente una década perdida, como ha sucedido mayoritariamente en América Latina. En los años 80 iniciamos la construcción del Partido de los Trabajadores (PT), la Central Unica de los Trabajadores (CUT), retomamos la construcción de los sindicatos de los trabajadores campesinos con una perspectiva más combativa, y al final de esa década participamos de la primera elección presidencial.

Después de un intento de reconciliación con la dictadura por un gobierno de transición, hegemónico por un antiguo partido de oposición permitido por ella, el PMDB (Partido del Movimiento Democrático Brasileiro); la crisis económica, social y cultural instalada en nuestro país era de tal magnitud, que para las candidaturas presidenciales de 1989, las clases dominantes presentaron a un joven dirigente, Fernando Collor de Mello, que venía de un pequeño Estado llamado Alagoas, muy periférico en la política nacional. Nosotros presentamos la candidatura de Luiz Inácio Lula da Silva por primera vez.

Para dar una dimensión de esta crisis de representación política, sumados los votos de los dos mayores partidos que formaban la coalición del gobierno de transición, el PMDB y el PL (Partido Liberal, el antiguo partido de la dictadura), no superaron el 5% de los votos.

La segunda vuelta se definió entre Lula y Collor de Mello. Lula fue a segunda vuelta con una diferencia muy pequeña por sobre el tercero, Leonel Brizola, un líder populista que fue gobernador de Río Grande do Sul durante la dictadura militar. En la segunda vuelta, hubo una polarización social y política entre dos proyectos que planteaban diferencias sustanciales para salir de la crisis. Collor de Mello defendiendo muy fuertemente las ideas neoliberales, coincidiendo el programa de la derecha y la burguesía brasileira, con lo que ya estaba sucediendo en el mundo y en América Latina; y Lula con una propuesta amplia y alternativa.

Para dimensionar lo que era el PT en ese momento, Ulises Guimaraes, presidente nacional del PMDB, quería formalizar una alianza con Lula en los comicios de la segunda vuelta, y Lula le dijo que no.

Durante el transcurso de este momento a nuestra llegada al gobierno, la única constante que hubo en las siguientes disputas presidenciales (1989, 1994, 1998, 2002, 2006), fue la presencia de Lula como candidato y del PT como partido. Todos los demás factores fueron alternando.

En este período tenemos la derrota de 1989, gobierno de Collor de Mello, impeachment a Collor de Mello, gobierno de Itamar Franco que completa el mandato de Collor de Mello, todo eso en un momento de mucha indefinición y mantenimiento de la crisis del Estado brasileiro hasta la victoria en 1994 de Fernando Henrique Cardoso. Cardoso gobierna durante dos mandatos, con una dirección claramente burguesa, absolutamente comprometida y ligada con los centros imperialistas de decisión y nos coloca al PT a la defensiva por, al menos, 4 o 6 años, durante la década del 90. El período neoliberal en Brasil fue tan fuerte y duro, que en pocos años hicieron lo que en otros países demoró 20 o 30 años.

La crisis de este proyecto, ya al final del segundo mandato de FHC, llevó a Lula a la presidencia en el año 2002. Durante todo ese período defensivo, por resultados negativos en lo electoral, la actividad política de Lula y del PT mantuvo la idea de recorrer el país con caravanas ciudadanas para discutir cuál debía ser el Brasil. Pero la movilización social, que en los años 70 y los años 80 había sido muy fuerte, a través de huelgas obreras, de ocupaciones de tierras por parte de movimientos campesinos, de luchas juveniles; en esta época de los 90 se mantenían en baja.

La victoria política que obtuvimos a inicios de los años 2000, no estaba asentada sobre las movilizaciones como fue en nuestro país en los años 80, o como fue en la experiencia más reciente en Bolivia. Lula llegó al gobierno en 2002 organizando un amplio tejido de alianzas políticas y sociales. El se entendía como representante de todos los de abajo, pero él entendía que para llegar

al gobierno y poder gobernar, tenía que hacer alianzas con al menos una parte de las capas superiores. Esto fue muy importante en lo simbólico, con la elección como candidato a vicepresidente de un gran empresario nacional, que implicó también una alianza nacional con su partido, el Partido Liberal. Pero la estrategia de Lula no implicó solamente este símbolo en la fórmula presidencial, sino también la presentación durante las elecciones de un documento político muy importante que se llamó "Carta al Pueblo Brasileiro", donde, a través de pequeñas frases, decía que no quería un conflicto abierto con el capital financiero.

Lula ganó las elecciones de 2002 y gobernó los primeros años bajo una distorsión entre lo que fue la extraordinaria victoria política que el tuvo e, igualmente, la extraordinaria derrota política de un programa de izquierda adoptado por el PT durante sus años de formación. Eso tuvo un impacto importante, porque el PT en su conjunto, no solamente nosotros desde la izquierda, por un lado porque no se reconocía en el programa que el gobierno efectivamente implementó en sus primeros años, por el otro porque el programa acumulado del PT no era utilizado en el gobierno. Ahí tenemos algunos hechos muy fuertes, el primer nombre que Lula menciona para el gobierno, aún antes de la posesión, fue Henrique Meirelles, que había sido electo diputado federal en 2002 en el Estado de Goiás, por el partido más importante de la oposición, el PSDB (Partido de la Social Democracia Brasileira, conocido como los Tucanos). Meirelles había sido, además, presidente de un gran Banco internacional. El Ministro de Hacienda era Antonio Palocci, un dirigente del PT, ex-alcalde de una gran ciudad del interior de San Pablo, que se había convertido a las ideas liberales. Esta dupla Palocci-Meirelles, en los primeros años de la gestión de Lula, tenía una amplia hegemonía sobre el rumbo general del gobierno. Esto significó un conflicto interno muy importante, durante esa época hubo una escisión del PT, donde la ex-senadora Heloisa Helena formó un partido llamado Partido del Socialismo y la Libertad (PSOL).

En el PT, algunos de nosotros continuamos organizando la izquierda y las mayorías del Partido para contrarrestar esta decisión de hacer el programa de gobierno por sobre el programa del Partido. Esto ocurrió durante los años 2004 y 2005, cuando estaba previsto un debate interno en el PT, para renovar la dirección del Partido, por primera vez desde la llegada al gobierno. Es interesante recordar esto, porque esos debates están escritos en el documento que la mayoría partidaria presentó a los debates, que fueron interrumpidos por la crisis que sucedió dentro del PT en esos años, con la salida de José Dirceu de la Casa Civil primero, y luego de Palocci, por las "influencias exteriores" al debate interno del PT, y la recomposición que Lula hizo colocando a la Ministra de Energía Dilma Rousseff en la Casa Civil y a Guido Mantega en el Ministerio de Hacienda, aún manteniendo a Meirelles hasta el final de ese período en el Banco Central.

A Dilma Rousseff no sólo la ubicó como jefa de la Casa Civil, sino que la designó como Coordinadora General de todo el gobierno, y ahí hubo un conflicto interno en el gobierno muy fuerte que era entre las posiciones de izquierda aliadas con posiciones a favor del desarrollo económico y social con sustentabilidad ambiental y más soberanía nacional frente a los centros imperialistas, representados por la alianza Dilma-Guido, contra los sectores que permanecían en el gobierno como Meirelles en el Banco Central y principalmente afuera del gobierno, que eran los intereses del capital financiero.

Ese es un momento importante de la alteración entre el primer y el segundo mandato de Lula, este sí con características fuertemente identificadas por una hegemonía del campo más progresista. El PT empezó también a realizar mayores contribuciones al programa de gobierno. Durante el segundo mandato, se produce un movimiento de reaproximación entre el programa del Partido y el programa de gobierno.

El gobierno, por lo tanto, puede realizar a partir de ahí un programa más amplio de políticas sociales que lo que había realizado hasta ese entonces, e inició y consolidó también un proceso muy importante de obras públicas e infraestructura en todo el país. También se consolidó en las elecciones municipales una mayoría favorable al bloque del gobierno, hasta la elección de Dilma como presidenta en 2010.

La elección de Dilma es un hecho muy significativo en la historia brasilera, puesto que al no estar habilitada una segunda reelección, la tradición en nuestro país marcaba que el candidato que se volvía a presentar vencía, pero era muy difícil lograrlo cuando se nombraba un sucesor.

La victoria en 2010 no fue importante solamente por la victoria en sí, sino también por la continuidad del debate programático que se ha realizado. La disminución del peso de las ideas neoliberales en el país era tal, que el candidato que enfrentaba a Dilma, en un momento determinado de la campaña, anunció que tenía propuestas más avanzadas en el campo de las políticas sociales y de ampliación de programas de transferencia de renta, entre otras.

Este es un hecho que continúa al día de hoy, hemos tenido hace poco elecciones municipales en todo el país, y en San Pablo, que fue el lugar donde este conflicto fue más nítido, el candidato José Serra (que fue derrotado en las presidenciales de 2006 por Lula y 2010 por Dilma, y fue derrotado en segunda vuelta en las elecciones municipales de 2012, por Fernando Haddad, del PT), adoptó la agenda progresista y no pudo presentar sus verdaderas propuestas. Los seminarios que realiza Fernando Henrique Cardoso donde proponen niveles de austeridad como los que se realizan en Europa, no pueden ser presentados públicamente.


Lo único que ha utilizado de forma muy articulada la oposición en el reciente proceso electoral fue, por primera vez en la historia de Brasil, el proceso judicial y las acusaciones sobre los hechos de corrupción durante la crisis del 2004-2005, sobre compra de votos de parlamentarios. La derecha en Brasil, una verdadera organización de oposición al proyecto Lula-Dilma, dirigido por la alianza de los medios y empresarios conservadores con el núcleo duro del capital financiero y la dirección teórica política de Fernando Henrique Cardoso, capturó en 2012 la mayoría del Supremo Tribunal Federal, con el con el juicio de procedimiento penal 470, el llamado "mensalão".

La campaña de Serra en San Pablo, estuvo centrada todo el tiempo en las acusaciones de corrupción, además de esto, fue la primera vez que el Supremo Tribunal Federal condenó sin pruebas, basado en la antigua teoría del derecho "el dominio del hecho". Sobre José Dirceu, por ejemplo, el Procurador General dijo "tu eres culpable, y la prueba de que tu eres el jefe de esta cuadrilla, es que no hay pruebas, porque el jefe no deja pruebas". Yo creo que por obvio, este espectáculo de juzgamiento tuvo un impacto electoral favorable para nosotros.

Nosotros hemos tenido un resultado muy impresionante, un número de votos, de alcaldías y de concejales con dos hechos destacados: la primera fue la victoria en San Pablo, no solamente en la capital, sino también en grandes ciudades del Estado de San Pablo, el más populoso y el económicamente más activo del país; segundo, tuvimos una expansión de las victorias del PT en los pequeños municipios del interior, donde fue significativo el respaldo a las políticas públicas de inclusión social, no solamente a través de transferencia de renta sino también la capacitación para una inclusión productiva.

El debacle de los partidos de la derecha (el PSDB y los demócratas), abrió la posibilidad de disputas entre aquellos partidos que sustentan el gobierno de Dilma.

Traigo estas reflexiones para comprender la dificultades de hacer alianzas políticas y sociales y cómo esas alianzas distinguen lo que son los ámbitos exclusivos de articulación partidarias y de articulación partidaria con los movimientos sociales, de lo que son las alianzas cuando se está intentando iniciar un gobierno con esta agenda posneoliberal.



MIRAR EL VASO MEDIO VACÍO, MOJADOS HASTA LA CINTURA ALEJANDRO SÁNCHEZ

Diputado Nacional Espacio 609-Frente Amplio, Uruguay. Miembro de la Dirección Nacional del Movimiento de Participación Popular.

La América Latina de hoy no es producto de revoluciones armadas ni de rupturas importantes con el sistema capitalista, sino de elecciones populares, que han permitido que sectores y partidos de la izquierda latinoamericana accedieran al gobierno.

Pese a compartir esta característica, la realidad de cada país es diferente a las otras. Tiene historias, conformaciones y construcciones sociales muy distintas. Por eso, es imposible copiar o establecer los mismos procesos, con las mismas herramientas, en todos los países de nuestra América. Debemos aprender del resultado del uso de cada instrumento y también de los análisis de esos procesos.

Para ello, resulta indispensable hacernos preguntas. Sobre todo porque vivimos en un continente, que está llamado a cumplir un papel fundamental en el mundo actual, en el marco de una de las crisis más grandes del capitalismo. Porque esta crisis no coloca a las ideas socialistas a la vanguardia o a la ofensiva, sino todo lo contrario: esas ideas se están retirando de muchos sectores importantes del planeta, y América Latina está quedando como en la vieja metáfora del topo: que emerge y construye nuevas realidades.

Es en la práctica política concreta de nuestro pueblo, donde encontraremos las respuestas a nuestras preguntas, y desde allí seguiremos edificando un proyecto de sociedad más humana y justa. Aspiramos a la construcción de una sociedad socialista, que todavía no está definida, porque sólo con la participación del pueblo se hará realidad; y únicamente, a partir de ella, encontraremos el camino.

América Latina es un lugar de ensayo. Las izquierdas del mundo la miran esperando saber cuáles serán sus siguientes pasos. Se ha avanzado infinidad de kilómetros, pero todavía queda un largo trecho. Entonces, ¿hasta dónde caminamos?

Nosotros decimos que es importante definir qué mirar: si el medio vaso lleno de agua o, el medio, vacío. Este es el dilema en la etapa actual. En este contexto capitalista, nuestros compañeros y partidos son parte del gobierno. Por tanto, podemos afirmar que nuestros compañeros y nuestros partidos se encuentran, hoy, administrando el proceso capitalista. Porque ningún país se ha desacoplado de este sistema. Entonces, ¿qué miramos? ¿El medio vaso lleno de agua o el medio vacío? Nosotros creemos que debemos mirar el medio vaso vacío. Pero desde adentro del vaso,

mojados hasta la cintura y sabiendo todo lo que cuesta construir lo que tenemos. Así nos damos cuenta de todo lo que nos falta.

Esta metáfora trata de reconocer todo lo que hemos logrado, pero sabiendo que la única posibilidad de mantenerlo es seguir avanzando. Los procesos que se detienen son procesos que retroceden. Y los que pretenden avanzar más rápido que las bases sociales que le han dado sustento, también están condenados a fracasar. Porque el rumbo de los cambios posibles son definiciones políticas estratégicas, pero la velocidad de los cambios es definida por las grandes mayorías sociales. Es decir, ¿cuál es la correlación de fuerza para resolver las contradicciones en la etapa actual?

Para responder esta interrogante, debemos comenzar por hacer un análisis, cuyas conclusiones nos permitan plantearnos una estrategia de trabajo que resulte exitosa y que no sea ni igualitarista ni, por el contrario, conservadora, lo cual explicaría detener el proceso de cambio. Necesitamos respuestas frente a las siguientes preguntas: ¿cuáles son las correlaciones de fuerzas que tenemos?; ¿cómo utilizamos las herramientas sociales?; ¿cómo usamos instrumentos como los partidos políticos o el gobierno cuando se los tiene?; ¿cuáles son los roles de estos instrumentos?; ¿cómo se deben relacionar esos 3 espacios que forman parte de la estrategia de cualquier organización política que pretenda contribuir a la transformación en nuestra sociedad?

En nuestra práctica, aparecen éstas y otras interrogantes que exigen ser despejadas día tras día. Surgen inquietudes de los compañeros que están en el gobierno enfrentados a las dificultades de la gestión, como también de los compañeros que están en los sindicatos o en las organizaciones sociales peleando y reclamando acuerdos más justos. A veces, se enfrentan a una administración que no puede calmar o subsanar las necesidades que plantean, y entonces allí aparece la política. El partido político es el que debe construir la síntesis que permita analizar correctamente cuál es la situación, cuáles son las contradicciones que se pueden resolver y cuáles no. Y también debe permitir la constante acumulación de fuerzas reales, no electorales, sobre la base de cambios de la sociedad, generando así organización y conciencia.

Porque sólo con mayor organización y conciencia podremos tener una correlación de fuerza favorable a la concreción de cambios más profundos. Sin ellas, difícilmente podamos torcer los acontecimientos. Sólo con la voluntad de un grupo no es posible alcanzar una propuesta socialista.

Para transmitir nuestra experiencia debo hacer referencia a 3 aspectos constitutivos, a partir de los cuales se conforma, nuestra realidad actual. El primero, se basa en la construcción del Frente Amplio (FA), su llegada al gobierno y la manera en que se fue consolidando ese proceso.

El segundo, se vincula con el Movimiento de Participación Popular (MPP), organización fundada por el MLN en 1989, después de la salida de la dictadura.

Por último, el tercer elemento se enlaza con una serie de definiciones tomadas por nuestra organización, desde el gobierno, que nos permitieron ir analizando la realidad y definiendo una estrategia de trabajo. Porque cuando uno es oposición, las contradicciones son menores. La tarea es distinta: criticar lo que no se está haciendo y construir o acumular sobre esa base. Pero cuando uno es parte del gobierno, se torna más difícil y complejo resolver ciertas cuestiones. En el fondo, es donde necesitamos más política y más análisis para comprender cuáles son las condiciones para avanzar, sobre la base de qué fuerza y cómo hacemos para construir alianzas con otras organizaciones u otros sectores sociales que nos permitan seguir avanzando hacia una acumulación estratégica: la conciencia y la organización del pueblo.

Para referir a la coyuntura actual, debemos empezar por la construcción del FA. Nació en el Uruguay del 70 y su creación significó una gran innovación desde el punto de vista político. Surge de una izquierda nacional muy urbana, teórica e ideologizada. Fue una alianza que logró juntar dentro de su organización a sectores que venían del Partido Comunista y Marxista-Leninista con el Partido Socialista, una escisión del Partido Comunista de la década del 20 en Uruguay. También al sector Social-Demócrata, Social-Cristiano, con desprendimientos liberales republicanos de los partidos tradicionales, como el Partido Colorado. No se llamó ni Frente Popular ni Frente por la Liberación Nacional, ni Frente Revolucionario o Socialista. Se llamó Frente Amplio.

En ese momento el MLN era un aparato armado pero tenía su frente de masas. Con ella, conformó el viejo Movimiento 26 de Marzo, que no tenía candidato propio a las elecciones pero fue el sector mayoritario, piedra fundamental en la construcción del FA.

Indudablemente, esa voluntad de acuerdo requirió por parte de cada una de las organizaciones reunidas, la rebaja de alguna de sus propuestas y la voluntad de asumir políticamente el compromiso de unidad cuyo saldo fortalecería a todos. Sobre la base de esta unidad se lograba, al mismo tiempo, potenciar las definiciones y el desarrollo de cada una de las organizaciones.

Cabe destacar que, si bien, la izquierda logró unificarse en el año 1971, su concreción fue tras varios intentos fallidos. Una coalición de esta magnitud presentó y presenta dificultades de funcionamiento. Las diferencias están y son visibles. Por tanto, frente a determinados temas, existen enfrentamientos entre los sectores que rompen el idilio y, con ella, la mirada romántica de un único bloque ideológico.

Esta alianza creada sobre la base de un acuerdo programático, que construía un programa de mediano plazo, no estableció un programa final. Por esta y otras razones, el FA en su programa, en su documento constitutivo, nunca se definió como socialista. Si lo hubiese definido, varios sectores no hubiesen ingresado.

El programa del 71 se fundaba sobre una propuesta de carácter antioligárquica, antiimperialista y perseguía la construcción de un programa nacional y popular que atendiera a las grandes mayorías. De esa forma, se establecía la nacionalización de la banca, la reforma agraria, la necesidad de tener un Estado al servicio de las mayorías y de romper con el clientelismo político para terminar con el uso de los instrumentos del Estado en favor de los conocidos o de los amigos. Esta fue la propuesta del Frente Amplio, también llamada "colcha de retazos", que según todos los analistas políticos, no prometía durar mucho tiempo. Pero la fuerza de esta coalición era mucho más que la suma de sus partes.

Desde su creación y hasta la actualidad, el FA está integrado por partidos preexistentes y por individuos que no responden a ningún partido. Este conjunto de personas que se sumaron por sentirse convocados con la propuesta y se sumaron a militar, se los llamó Movimiento del Frente Amplio. Al FA lo integran: la Coalición y el Movimiento. La Coalición son los sectores políticos y el Movimiento son aquellos que no se definen con ningún sector y que funcionan dentro de la orgánica del FA.

Este Movimiento surgió de manera espontánea. No estaba previsto entre quienes concertaron esta gran alianza política. Pero se gestó, demostrando que, efectivamente, las posibilidades de convocar a grandes sectores del pueblo eran mucho más amplias sobre la base de la unidad de toda la izquierda que sobre la base de estar divididos.

Esa conformación del Frente Amplio, en su momento permitió establecer un programa para presentarse a elecciones nacionales, pero sobre la base de que el FA no se creó, ni existe hoy, sólo para ganar comicios. Es decir, no es un acuerdo electoral. Es una organización política orgánica con un programa de mediano plazo que se plantea la construcción y la acción política permanente en nuestra sociedad. Por tanto, se construyó no para ganar el gobierno sino para hacer políticas en la sociedad.

Dentro de ese proceso, persiguió el objetivo de obtener mayorías parlamentarias y electorales que le permitieran acceder a uno de los resortes de poder de nuestra sociedad: el Estado. Porque acceder al Gobierno no es acceder al poder. Las determinantes del poder son muchas más: la económica, la militar, la política-ideológica y, por supuesto, la administración del Estado. Esta última es un resorte de poder que puede definir algunas cuestiones.

Pero el FA no se construyó sólo para llegar al poder. Se erigió como una fuerza cuya propuesta incluía a un sector importante de los excluidos y marginados, y también de los sectores subordinados, dentro de una sociedad capitalista gobernada por la oligarquía. La propuesta definía que el enemigo principal era el imperialismo, que para ejercer su dominio necesita y cuenta con aliados estratégicos en cada uno de nuestros países, los que llamamos oligarquía. Por tanto, de un lado están los aliados del imperialismo, la oligarquía nativa, y del otro, está el pueblo.

Nosotros definimos que dentro de este concepto de pueblo están los trabajadores y seguramente sean, la fuerza motriz más consciente de la revolución. Pero también es necesario construir una alianza política con otros sectores: los intelectuales, los patriotas, los pequeños burgueses y hasta con aquellos que se hayan enfrentado a los intereses que el imperialismo establece en cada una de las naciones. Y, por tanto, por vivir en un país dependiente en América Latina, incluye la cuestión nacional como elemento central en la estrategia política. Porque si no logramos soberanía para romper la dependencia, difícilmente podamos ir edificando una sociedad diferente a la nuestra.

En el 2002, en una de las crisis más grandes de nuestro país, el FA logró aglutinar a una cantidad de sectores en torno a la Concertación por el Desarrollo, que agrupó algo inédito: desde la Central Única de Trabajadores hasta la Federación Rural, las cooperativas de vivienda y todo el movimiento cooperativo. Se logró convocar a las bases sociales del cambio. Todos aquellos perjudicados se sumaron a la propuesta que establecía un programa que implicaba la reactivación del aparato productivo.

En ese momento, el Uruguay estaba destruido por la apuesta de la derecha neoliberal que perseguía la destrucción del Estado y la construcción de la patria financiera. El FA ante esta coyuntura, levantó la bandera de un país productivo, generador de trabajo, de producción y de valor de los recursos naturales que posee.

Esta construcción política que llega al gobierno en el 2004 nos enseñó que no se puede conformar una fuerza política de alianza entre varios sectores sobre la base de acuerdos programáticos, de la lealtad política y de un programa común que termine unificando, más allá de cada uno, las propuestas que tengamos.

Me considero un militante que pelea por el socialismo pero no le pido al FA que sea socialista, porque sé que dentro del movimiento hay compañeros que no lo son, que sólo son compañeros de ruta en determinados procesos. Entonces, la alianza política implica unificar propuestas entre

diferentes, no entre iguales. Porque si fuera entre iguales, claramente eso significaría acumulación política. ¿Para qué voy a hacer alianza con alguien que piensa igual que yo? En ese caso, lo recluto y que venga a mi organización. Cuando parto de la base de que necesito hacer una alianza política con alguien, asumo de antemano que hay puntos que nos unen y puntos que nos separan y, por tanto, decido trabajar sobre los puntos que nos unen. Aquellos que nos separan, los iremos discutiendo sobre el camino.

Se puede afirmar que ésta es la esencia de la conformación del FA. Esto no es ajeno a problemáticas. Es decir, nosotros venimos de una corriente del pensamiento que cuestionó la izquierda por ser bastante paqueta y demasiado teórica y alejada de la realidad de la gente. Por eso, decidí tomar las armas e iniciar un proceso de carácter armado. Pese a que, en Uruguay, todo el mundo decía que no se podía llevar adelante un proceso de esas características, se hizo igual. Una década después, pide el ingreso formal al FA y cuando lo hace plantea la necesidad de construir lo que se llama el Frente Grande. Por entender que la alianza debía ser mucho más amplia e incluir a sectores rurales que no estaban dentro de la propuesta.

El segundo elemento para aproximarnos a la coyuntura nacional, se vincula con el MPP o lo que viene a ser la línea histórica del MLN. Nuestra organización tiene la mitad de la bancada del FA y tiene al presidente. Entonces, nos preguntan: "Si tienen todo, ¿por qué no hacen lo que quieren hacer?". Porque, en realidad, somos la "minoría mayor". No puedo romper la alianza en función de los intereses propios de mi organización, porque nuestra alianza está sustentada en la base de un programa común.

No puedo por tener la mayoría hacer lo que quiera mi organización. Porque construir una alianza implica este juego de avanzar sabiendo que voy tirando de las piedritas, sabiendo que si tiro todas a la vez, rompo todo, incluso la alianza. Porque todavía no tengo condiciones de acumulación que me permitan avanzar. Por eso, hoy requiero de esa construcción política.

Y tampoco puedo construir el socialismo por decreto. Quedó más que demostrado con la experiencia socialista. Sin la participación de la gente, sin la creación de conciencia y organización. Sin que la gente sea la que se apodera del proceso. En la revolución rusa, por ejemplo, murieron cincuenta millones de personas. Cuando cayó el Muro de Berlín, no hubo ni un solo tiro. La revolución fue una derrota producto de que la sociedad no estaba apoderada de ese proceso. Hoy tengo esa condición. Primero tenemos que seguir acumulando, en términos de construir ese proceso. Luego, para generar una alianza de clase, debemos reconocer a aquellos que no son del FA, porque votan a los partidos tradicionales, pero no son burgueses ni oligarcas. En ese sector hay trabajadores que no tienen conciencia acerca de cuál es la alternativa que mejor representa a sus intereses. Por eso, terminan votando por quienes no los representan.

Por eso, la acumulación hacia la izquierda, debe contemplar esa fracción de pueblo y no discutir dentro de la misma. Hay que generar puertas o mecanismos para acercar a esos sectores populares que son los oprimidos, los marginados y los subordinados. Porque en la medida en que todos ellos no tengan asumido un nivel de conciencia, no podrán ser parte de este proceso.

Como tercer y último elemento constitutivo en nuestra realidad actual, encontramos las contradicciones que provienen de nuestra tarea como gobierno nacional. Ser parte del gobierno es despejar la interrogante de cómo desarrollar un proceso de acumulación política que me permita cuestionar al sistema capitalista cuando soy su administrador o cuando tengo compañeros que lo administran

desde el Estado. Aquí se presenta esta contradicción. ¿Por qué el gobierno del FA no nacionaliza la tierra?; ¿por qué no resuelve el 14 por ciento de pobreza que aún tenemos?

Estos son los problemas centrales y están relacionados a que todo proceso de alianzas y de acuerdo electoral no significa acumulación. Ni toda acumulación electoral significa acumulación real en un cambio más profundo. Hoy tenemos un sector importante del pueblo uruguayo que entiende que el FA encarna una alternativa a sus problemas, y por eso opta por esta alternativa. Esto nos permite llegar a esa gente con un mensaje diferente: en el marco del sistema capitalista difícilmente podamos resolver las contradicciones que tenemos o podamos eliminar la explotación. Pero esto es parte del proceso.

Tener esta política de alianzas nos permite llegar a colectivos muchos más grandes y a los que antes no llegábamos. Porque al tener una propuesta de mediano plazo, se puede involucrar a otros sectores del pueblo a sumarse a una lucha a largo plazo, en donde se puede discutir política e ideológicamente y así trabajar sobre la base de la acumulación.

En este proceso bastante complejo, nosotros decimos lo siguiente: no administramos al Estado, nosotros gestionamos desde una lógica diferente para las grandes mayorías, y lo que hacemos es generar las condiciones propicias para seguir acumulando ideas de cambio en el marco del sistema capitalista. Lo que nos tenemos que preguntar todos los días es: ¿qué más podemos hacer?; ¿hasta dónde podemos llegar?; ¿dónde se agota el modelo progresista en Uruguay?; ¿es posible avanzar más?; ¿qué piensan las bases sociales del campo?; ¿hacia dónde avanzan?; ¿cuál es el nivel de organización que tienen para que yo pueda enfrentar a determinados sectores concentrados?

Este es el debate del Movimiento de Participación Popular. Y sobre este tema discutirá en su Congreso, en marzo de 2013. ¿Cuánto más se puede avanzar en el marco de una alianza poli ideológica y poli clasista, como es el Frente Amplio, sobre la base de administrar y gestionar el Estado en este sistema?

Esta es una de las preguntas capitales. Nosotros decimos que hoy la administración del Estado nos permite generar condiciones. Primero, para que la gente coma, o intente comer. Y segundo, para que ese pueblo se pueda organizar como clase, porque una de las cosas que ha sucedido en Uruguay fue la construcción, una de las más grandes históricamente, de la clase trabajadora. Porque generar un proceso de desarrollo y modelo del aparato productivo implica tener muchos más trabajadores organizados y cuestionando las contradicciones encerradas en el modelo capitalista. El Estado puede ayudar a eso.

Aunque lo determinante para estos procesos es la capacidad de la fuerza política junto a un programa estratégico y su capacidad militante. Y sobre todo, que esa militancia no sea absorbida por la tarea del gobierno, porque la historia ha demostrado que todas las organizaciones revolucionarias que llegaron al gobierno, en la gran mayoría de los países del mundo, no lograron seguir avanzando; asumieron que la política se hacía desde el Estado y no desde la sociedad.

Hacer política implica gestionar desde el Estado. Pero la política, los elementos fundamentales de la construcción a mediano plazo, tienen que estar en la fuerza política y no en el gobierno. El gobierno lleva adelante una propuesta de corto plazo, en el caso de Uruguay de cinco años. Es el Frente Amplio quien debe construir una propuesta a veinte años y tiene que hacerlo discutiendo con su base y con la sociedad, e incluso cuestionar las acciones del gobierno. Ya que en determi-

nadas coyunturas, el gobierno no tiene la fuerza necesaria, para enfrentar determinados sectores y requiere de la movilización popular para poder avanzar en la concreción de su programa.

Cómo articular estas dos contradicciones es parte de la receta que nosotros no tenemos y que queremos discutir.



INTERROGANTES DEL CAMBIO DE ÉPOCA

HUMBERTO TUMINI

Secretario General del Movimiento Libres del Sur y miembro de la Dirección Nacional del Frente Amplio Progresista. Ex-Secretario Ejecutivo del Consejo Federal de Derechos Humanos (2008).

Hay una declaración del ecuatoriano Rafael Correa –incluida en la presentación-, que creo que es la base de todo. Allí, él expresa su opinión diciendo que América Latina no está pasando por una época de cambios sino por un cambio de época, y comparto esa expresión plenamente.

¿Por qué es un cambio de época? En realidad es porque hay un cambio de época en el orden internacional. Evidentemente el capitalismo, en el orden internacional, también está en un cambio de época, y eso influye directamente sobre nuestro país y sobre Latinoamérica.

Ese cambio, en concreto, me parece que tiene dos elementos fundamentales: uno es el agotamiento de la estrategia neoliberal, particularmente en los países dependientes, los países periféricos. La estrategia neoliberal fue una de salida de una situación difícil del capitalismo, que instrumentó primero el gobierno de Margaret Thatcher y luego el de Reagan; después, con el derrumbe de la Unión Soviética y de los países socialistas, la extendieron fuertemente a todo el mundo. Era una estrategia piloteada por el sector financiero del capitalismo, muy agresiva, de saqueo agudo de nuestros países, y de llevarse los recursos a los países centrales. Eso produjo, en un momento dado, una situación de crisis y conflicto en las naciones periféricas extremadamente dura y fuerte, donde ese modelo termina tambaleándose.

Además se debilita, y deja de lado en muchos lugares ese modelo, porque paralelamente se fue produciendo otro proceso en la economía mundial, que es la irrupción en ella de algunos países de mucha dimensión poblacional y por lo tanto de mucha envergadura económica, cómo fue China en primer lugar y la India en segundo término. Eso produjo todo un trastocamiento del contexto internacional. Y en el caso concreto de Latinoamérica un fenómeno que hacía muchísimos años no sucedía, y es que se nos cambiaron los términos del intercambio, pasando de desfavorables a beneficiosos.

Nosotros, prácticamente desde la década del 30, con algún período de la Segunda Guerra Mundial en el medio y la posguerra, siempre tuvimos términos de intercambio desfavorables. Es decir, lo que nosotros exportábamos, que en general eran productos primarios, iba perdiendo valor, y lo que importábamos, fundamentalmente de los países centrales, que eran bienes de capital, bienes intermedios y hasta de consumo, lo iba aumentando. Todo eso nos ponía a nosotros en una situación

permanente de crisis del sector externo, que conllevaba crisis políticas. Así estuvimos desde el año 1930 hasta principios de este siglo. Durante más de setenta años estuvimos así; a veces un poco mejor, otras veces un poco peor. Lo que cambia en el contexto mundial es eso. ¿Por qué? Porque al irrumpir grandes países como China e India, al mejorar su situación económica, comienzan a consumir y comprar productos que nosotros vendemos. Y esos productos comienzan a subir de precio, principalmente los agropecuarios, pero también del sector de la minería y de otras áreas de la economía. Eso nos lleva a que entremos en una etapa favorable.

Al mismo tiempo, esos países mencionados se desarrollan económicamente con capacidad de exportar productos industriales, primero con un nivel de tecnología menor, pero paulatinamente van incrementándolo; y con precios que son más baratos que los que tenían los países centrales. A partir de allí lo que nosotros compramos empieza a disminuir su valor. O sea, se nos invierten los términos del intercambio y objetivamente pasamos a otra etapa. Hay un cambio de época y ese es el contexto concreto.

Esto implica tener en cuenta en el terreno político o político-económico dos elementos que tienen que ver con esta etapa. La pérdida de peso político e influencia de los países capitalistas desarrollados e imperialistas, particularmente Estados Unidos y Europa; y, en segundo lugar, el alejamiento del socialismo como algo que está instalado en la agenda de los pueblos, como había estado en todo el período previo. ¿Por qué? Porque entre otras cosas, el socialismo, para que pueda surgir como posibilidad, necesita de un proceso de estancamiento de las fuerzas productivas capitalistas, y que así se abran condiciones revolucionarias. Es decir, cuando las fuerzas productivas se estancan, los países en líneas generales entran en un proceso de crisis, y se abren posibilidades de revolución. No siempre terminan favorablemente, claro está, e incluso a veces terminaron en contrarrevoluciones. Pero ese es el requisito indispensable para que eso suceda.

Este cambio en la situación económica mundial conlleva a que todos nuestros países se desarrollen. Es decir que no solo siguen siendo capitalistas, sino que además se empiezan a destrabar las fuerzas productivas.

Entonces el socialismo se aleja, no sólo producto del derrumbe del modelo que hasta ese momento estuvo en vigencia, sino que también como consecuencia de esta situación que expresamos. Porque perfectamente podría haber entrado en crisis el socialismo tal cual lo conocimos, pero seguir como posibilidad con otras formas debido a que las fuerzas productivas del mundo están trabadas y entonces emerge una etapa de revolución mundial. De eso nos alejamos en realidad.

Así como se debilitó en un grado no desdeñable el peso del imperialismo como factor dominante del mundo, se alejaron también de la agenda las posibilidades del socialismo. Esos fueron dos elementos sumamente importantes. Y hay que tenerlos en cuenta para analizar lo que pasó en Latinoamérica. Porque esto que dice Correa, que hay un cambio de época, está vinculado a esta situación de un cambio de época mundial.

Ese proceso se manifiesta en Latinoamérica en estos años, y ha dado como consecuencia la llegada de varios gobiernos nacionales, populares, progresistas, o como uno quiera denominarlos, que evidentemente son mejor que los gobiernos a los que estuvimos acostumbrados durante muchos años, hayan sido dictatoriales o no. En líneas generales en los años ochenta y noventa no tuvimos casi gobiernos dictatoriales, pero tuvimos gobiernos horribles. Acá en Argentina, entre otras cosas, al menemista.

¿Qué fue lo que influyó del contexto mundial, en concreto, en Latinoamérica, para que aparecieran estos gobiernos? Una es una cuestión política relacionada con la crisis del neoliberalismo en estos países: la irrupción del movimiento de masas que hacen tambalear y por último tiran a gobiernos en varias de nuestras naciones. Como lo que relataba recién el compañero de Bolivia con el conflicto del agua y del gas. Eso se reprodujo en casi todos lados, y nosotros lo vivimos fuertemente en la década de los 90, que culminó el 19 y 20 de diciembre del 2001, con el movimiento para "que se vayan todos". Pero fue un proceso regional, se dio en todos lados, porque fue producto justamente del agotamiento del modelo del neoliberalismo; extremadamente agresivo para nuestras naciones, que expandió la pobreza, la desocupación, la marginación. Como consecuencia de ello nuestros pueblos en determinado momento reaccionaron, sin que pudieran subordinarlos. Eso terminó en una gran crisis política en la mayoría de nuestros países. Incluso, hasta en países que no habían tenido extendidas esas circunstancias, por ejemplo, Paraguay.

Ese es un elemento. El otro factor que acompaña eso, y que es muy importante, es que hay una fractura, una fractura en la clase dominante de nuestros países en ese período. Que no sólo se verifica en los lugares donde llegaron gobiernos progresistas, sino que también se observa en algunos países donde no llegaron gobiernos progresistas, y donde sin embargo también hubo una fractura.

¿Cuál es la fractura de las clases dominantes? Estas, en Latinoamérica, en líneas generales, estuvieron fuertemente vinculadas a los Estados Unidos. Durante todo el proceso previo, la relación de las clases dominantes de Latinoamérica con los Estados Unidos fue muy intensa; y las fracciones que en alguna medida no se alinearon con estos fueron en general minorías.

¿Y por qué se dio ese nivel de vínculos entre los sectores de poder nuestros con los de Estados Unidos? Porque estos tenían capacidad de cooptación. No sólo venían, invertían y se llevaban de acá ingentes ganancias, sino que además habitualmente les abrían los mercados a las oligarquías nativas y a los sectores de la burguesías nacionales más concentradas; y eso estableció un vínculo muy fuerte que después se trasladaba, por supuesto, al terreno militar y a otras áreas que componían el conjunto del sistema de dominación en Latinoamérica hasta principios de este siglo.

El problema es que la crisis de los Estados Unidos y también de Europa empezó a disminuir la capacidad de estos de ofrecer negocios a esa burguesía y oligarquía nuestra. Seguramente, si no hubiera habido nada en el mundo por fuera de ese vínculo, estos sectores hubieran aceptado el achicamiento en su negocios y mantenido su acuerdo con los Estados Unidos o con los grandes países de Europa. Como de hecho lo han hecho fracciones minoritarias. La cuestión es que al mismo tiempo aparecieron otras posibilidades de negocios. Se vino la oportunidad de comerciar con China, con la India, con el lejano oriente, con los países de la región; es decir, se abrieron otras posibilidades de negocios lucrativos para estos sectores.

Entonces, entraron en conflicto los que planteaban que había que seguir con los Estados Unidos, y los que sostenían que había que adquirir más independencia, porque podían tener otros negocios mejores.

Fíjense que el mejor ejemplo de esto es Colombia. Allí la oligarquía como clase nunca abandonó el gobierno. Se reemplazaron entre ellas las distintas fracciones, pero se mantuvieron en el gobierno como sector hasta el día de hoy. Uribe, el anteúltimo presidente, prácticamente fue un agente de los Estados Unidos en Latinoamérica; sobre todo en la política de desestabilización de Venezuela,

y en aquella de confrontación con todos los países donde iban brotando gobiernos progresistas. Era prácticamente un norteamericano puesto en el gobierno de Colombia. El ministro de defensa, que ejecutaba la política de Uribe adentro de Colombia contra la guerrilla, y en alguna medida conducía el hostigamiento a Venezuela, era Santos, el actual presidente.

Pero, en un determinado momento, llevar adelante esa estrategia de agente de la estrategia de los yanquis, condujo a que Venezuela cortara el comercio con Colombia. Esta exportaba en ese momento diez mil millones de dólares de alimentos a Venezuela. Es decir, que le sacaron a la oligarquía colombiana de buenas a primeras, un negocio de diez mil millones de dólares, que para ese país, que no tiene una economía tan desarrollada, era mucho. Y por supuesto que no pudo vender esos productos a los Estados Unidos, porque estos tienen una fenomenal situación de déficit en el sector externo y compiten con Colombia como productor agropecuario. Por tanto se desató en el interior de las clases dominantes colombianas la discusión de si seguir o no alineados con los yanquis en esos niveles. No es que se fueran a volver anti norteamericanos, obvio.

Uribe quiso forzar una re elección, para lo cual la Constitución vigente no lo habilitaba, y la otra fracción de la clase dominante colombiana conducida por Santos le dijo que no, y se le vedaron. Así subió este último a la presidencia. ¿Y qué hizo entonces? Automáticamente renovó la relación con los venezolanos y le volvieron a vender los diez mil millones de dólares en alimentos. Pero no sólo hizo eso, fue más allá, y en la última reunión de la OEA, Santos, presidente de Colombia, ministro de defensa de Uribe, dijo "Colombia es la última vez que se sienta en la OEA si no se sienta Cuba". Mayor gesto de autonomía de los EEUU es muy difícil de pedir para esos muchachos.

Pero ese no era Chávez, ese no era Evo, ese era Santos. En alguna medida una situación similar sucedió en Perú, no con el gobierno actual sino con el gobierno anterior, que también era corrido a la derecha, el de Alan García. En un determinado momento este comenzó a tomar distancia de los yanquis, a negarse a hacer tratados de libre comercio, a empezar a ver los negocios con China y el lejano oriente como el objetivo principal.

Es decir, el contexto internacional se trasladó a Latinoamérica, y se produjo una división entre los sectores dominantes en cada uno de nuestros países.

Ese es el otro elemento que explica, junto con la movilización de masas, la llegada y el mantenimiento de gobiernos progresistas. Aquí se puede leer lo que había dicho Lula en Brasil respecto de la amplitud de sus alianzas para llegar al gobierno. Pero no es sólo Lula en Brasil, también lo hizo Daniel Ortega en Nicaragua, y el Frente Amplio en Uruguay con Danilo Astori. ¿O Astori es un progresista que expresa la idea socialista del MPP? No es así, en más de una oportunidad, incluso, ha planteado un nivel de negociación con los EEUU por fuera del Mercosur. Ahora bien, ¿qué significan esos sectores del poder que hacen acuerdos para participar en gobiernos progresistas? Expresan un sector de la clase dominante que ven un mundo donde sus negocios ya no están atados por sobre todo a los Estados Unidos; y ahora tampoco a Europa, porque esta también entró en una situación extremadamente compleja desde el punto de vista de poder contener a estos sectores en su vínculo con ellos.

Ese es un elemento muy importante que debemos tener en cuenta cuando analicemos cuál es la situación de Latinoamérica. Y de los gobiernos progresistas, que ya no son nuevos y sin embargo allí se mantienen. Como en el caso de Chávez que hace 14 años que está en el gobierno, no hace dos días, y dice que va a durar 20. En concreto, es la llegada y también el mantenimiento de esos gobiernos, y algunos otros procesos que se están dando.

UNASUR por ejemplo, no sólo contiene a los gobiernos progresistas, sino que también a los gobiernos de centro derecha. En alguna medida, hasta el propio modelo de Chile, que antes era uno bastante vinculado a la economía de los Estados Unidos va cambiando. Porque así salió el neoliberalismo en Chile de la dictadura, con un vínculo económico muy fuerte con aquella nación, no sólo vendiéndole cobre sino también, fruta, muebles, madera, etcétera. Eso ahora ha disminuido significativamente, y hoy el comercio exterior de Chile tiene un vínculo con China mucho más fuerte que con los Estados Unidos. Esto impacta hasta en un gobierno de derecha como el de Piñera, que podrá ser muy de derecha pero no come vidrio y sabe dónde está su negocio.

Entonces, todos ellos forman parte de la UNASUR, los gobiernos progresistas y los gobiernos de centro derecha. ¿Y por qué los gobiernos de centro derecha? Porque hay una situación nueva para Latinoamérica en el mundo. Sobre todo para Sudamérica. Un poco menos para Centroamérica, porque las economías de allí son muy chiquitas y las han transformado a la mayoría en enclaves de la economía norteamericana. Estos no tienen muchos problemas en comprarles, y mantener con eso el vínculo político, lo que producen las armadurías que se han instalado en Centroamérica, que es una comunidad productiva chica.

Pero en Sudamérica, cuyos países son economías mucho más grandes, sí es un elemento sumamente importante a tener en cuenta este proceso de cambio en la situación mundial, su impacto acá en nuestra región y sobre los sectores dominantes. En ese contexto llegan estos gobiernos con sus variantes, progresistas.

¿Qué es lo que diferencia a estos gobiernos con los que hubo en la década del '30 y del '40 en Sudamérica, de carácter nacionalista, como el de Perón, como el de Paz Estenssoro en Bolivia, Haya de la Torre en Perú, Getulio Vargas en Brasil, Battle en Uruguay, Rojas Pinilla en Colombia, antes el de Cárdenas en México, etc? Que esos proyectos fueron esencialmente de sustitución de importaciones. Es decir, la crisis mundial que se verificó a partir del año '30, y particularmente con la Segunda Guerra mundial, generó posibilidades en estos países de llevar adelante en alguna medida el proceso de sustitución de importaciones. ¿Por qué? Porque lo que vendíamos valía poco, y lo que comprábamos era muy caro o directamente no lo podíamos adquirir aunque fuera indispensable. Incluso en la Argentina, no fue el gobierno de Perón el que empezó el proceso ese, sino que fue el conservador del general Justo, el que inició la sustitución de importaciones de hecho y en cierta escala, con Pinedo de Ministro; era una necesidad y no había forma de zafar. Por supuesto lo hicieron a su manera. Después vino Perón y lo hizo también a su manera, mucho mejor, pero tenían un sesgo común: era un proceso de sustitución de importaciones.

Eso unifica todos esos procesos. Atrás de eso estaba también el intento de generar una burguesía nacional; con un discurso esencialmente nacionalista, y popular en muchos casos. También, hasta donde podían, se impulsaba el otorgamiento de beneficios a los nuevos trabajadores que se incorporaban a ese proceso de sustitución de importaciones.

Dentro de todo había un modelo común, aunque siempre hablamos de países diferentes y cada uno con sus características. Que llegaron donde pudieron y los dejaron. Bien: ¿Cuál es el modelo común que tenemos ahora en nuestros países donde hay gobiernos nacionalistas, progresistas? ¿Hay un modelo común? No, hay solamente algunos elementos en común.

Por ejemplo, que nuestras posibilidades económicas radican en la exportación de commodities. Eso es común. Venezuela tiene petróleo, nosotros la soja y minerales, a lo que hemos agregado autos,

Brasil tiene minerales y la soja también, tal vez en poco tiempo petróleo, aunque posee una estructura industrial más potente; Bolivia tiene el gas y minerales y Paraguay la soja; Chile y Perú el cobre, la plata, el oro, y Ecuador petróleo y también minerales; Uruguay soja y carne. Entre otras cosas, por eso se generan esos conflictos medioambientales que se relataron en el caso de Bolivia. Esto de las commodities es común, allí están las ventajas comparativas y de ahí tienen que salir los recursos.

La otra cosa en común es que de esos recursos, una parte al menos tienen que derivarse a mejorar las condiciones de vida de nuestro pueblo, que fueron tan afectadas por el neoliberalismo de los años 70, 80 y 90. Sino, no hay base política de consenso. Por eso casi todos estos gobiernos tienen buenas políticas sociales, han mejorado los ingresos de la gente, hay una cierta disminución de la pobreza, etcétera. Hasta ahí es lo mismo.

Ahora, lo que no tenemos bien resuelto es cómo construimos países distintos, que no sean solo de producción primaria y de políticas sociales. Porque estos países que estamos dibujando son, con cierta excepción en Brasil, en definitiva, países de producción primaria dominante, y de políticas sociales. ¿Y por qué hay que construir sobre la base de la producción primaria, y aprovechándola, otros modelos? Entre otras cosas, porque si solamente hay producción primaria, no hay industria, no hay trabajo. Esto en el tiempo es una distorsión tremenda y un drama social. Que se agrava porque, además, la producción primaria utiliza cada vez menos mano de obra; como lo que sucede ahora en nuestro campo, que ocupa diez veces menos mano de obra que la que ocupaba hace 30 o 40 años atrás; y donde la gente desplazada termina en los cordones de pobreza de las ciudades.

De la misma manera, el avance de la tecnología en la minería de Bolivia provoca que no sean, ni de cerca, la cantidad de mineros que se ocupan ahora igual a la que ocupaban cuando explotaban el estaño. Debido a que hay tecnología nueva, utilizan menos mano de obra.

Ni que hablar cuando se trata de recursos no renovables, que se van a acabar en cierto plazo, lo que significaría llegar a ese momento sin un país de economía sustentable.

Entonces, todos estamos discutiendo qué tipo de países tenemos que construir para no resignarnos a ser naciones solo de producción primaria y con políticas sociales. Esa es la gran discusión en los marcos del contexto mundial que tenemos hoy, que yo grafiqué al principio, de disminución del peso relativo de Estados Unidos y de Europa y el crecimiento de otras naciones.

La presidenta Cristina Fernández dijo hace un tiempo que hubo un hecho muy importante en el mundo, para la Argentina también, que fue el Congreso del PC de China. En su momento lo dijo para ningunear la movilización del 8N (8 de noviembre de 2012). Pero bueno, allí en ese evento, entre otras cosas, dijeron que en el 2020 China va a alcanzar a los Estados Unidos. Faltan 7 años. Fíjense la importancia que tiene ese proceso, particularmente para Sudamérica y para nosotros.

También hay otras tendencias en el orbe que hay que seguirlas y analizarlas, porque pueden tener incidencia política en el mediano plazo en Latinoamérica y sobre todo en Sudamérica. Por ejemplo, es visible que en Europa y en Estados Unidos están en un proceso de profundo ajuste económico. Es decir, van a un mayor nivel de concentración económica, no tanto como lo que vivimos nosotros en las pasadas décadas, pero muy fuerte, trasladando ingresos de los sectores menos favorecidos y de los laburantes a los sectores más concentrados, para que estos puedan invertir y competir con China e India en la producción industrial sobre la base de alta tecnología.

Los alemanes ya lo hicieron cuando incorporaron a Alemania del Este, con mano de obra bien preparada pero muy barata. Así bajaron el costo de la mano de obra de toda Alemania, y por eso hoy no tienen la misma situación que los demás países europeos. Pero les dicen a estos: muchachos, ustedes tienen que hacer como nosotros.

Y los norteamericanos por su lado ya tienen los niveles de pobreza que no tuvieron en la historia de sus últimos cien años. Además no hay ningún indicio allí, ni aunque Obama diga que lo mejor está por venir, que vayan a dejar de lado el proceso de concentración económica para recuperar productividad y competitividad en la competencia con China y la India sobre todo. Eso empalma, si ustedes leen lo que trató el congreso del PCCH, con un marco de crecimiento de los salarios chinos, porque ya no tienen tanta gente que se traslade del campo a la ciudad y acepte los sueldos menores.

Es más, en ese Congreso aprobaron la posibilidad de que en las fábricas de ese país se organicen sindicatos y defiendan los salarios de los trabajadores. Eso, en buen romance, significa que van a crecer los salarios chinos. Y si los salarios chinos crecen y la productividad de los Estados Unidos aumenta, va a haber un regreso de empresas de los Estados Unidos, y de Europa también, a sus lugares de origen; y van a volver estas a vendernos productos industrializados baratos a esta región.

A lo que hay que sumarle el descenso del costo energético en EEUU de la mano del shale que, todo indica, los abastecerá de gas y petróleo para el 2020. Por lo tanto, ojo, van a volver a tener en el mediano plazo alguna posibilidad de vínculo fuerte con las clases dominantes nativas de estos pagos.

Hay que tener en cuenta esto. No quiero hacer excesiva prognosis, pero hay que ver cuánto tiempo tendremos con estas características actuales que les relataba al principio. Por ende, las preocupaciones nuestras sobre qué modelo de país construimos en este proceso, deben ser sumamente intensas, para hoy, no para mañana.

Fíjense ustedes lo que contaba sobre Bolivia. Las críticas al “desarrollismo” de Evo desde algunos sectores. ¿Cuáles son las críticas que le hacen a Evo? Obviamente, él quiere hacer una Bolivia distinta, que no dependa solo del gas o de la producción de los minerales que tienen. Pero para eso tiene que afectar intereses y distintas cosas, incluso algunas con impacto medioambiental como la carretera en el TIPNIS. Ahí encuentra resistencias, y surgen las críticas, algunas honestas, otras envenenadas, para que no pueda avanzar.

Pero para poder hacer frente a esas críticas, darles respuesta adecuada, y avanzar, debemos definir a grandes rasgos qué economía queremos tener. ¿Nos vamos a industrializar? Sí, pero ¿qué tipo de industria vamos a llevar adelante?, ¿cuánto para la exportación, cuánto de sustitución de importaciones y para el mercado interno? ¿De dónde van a salir los recursos para ello? ¿Cuál es el actor social principal que la va a llevar adelante, a la industrialización? ¿Grandes grupos económicos, extranjeros, locales, pequeñas y medianas empresas, cooperativas, el Estado? ¿Una combinación de todos ellos? ¿Cómo se obtiene energía barata que nos facilite ser competitivos? ¿Qué tipo de sistema financiero tendremos? ¿Qué servicios públicos debe prestar el Estado y cuáles no? ¿Cómo resolveremos la contradicción entre lo que destinamos a disminuir la pobreza y lo que ponemos en inversión productiva? ¿De dónde sacaremos los enormes recursos que necesitamos para reconstruir la infraestructura indispensable en un modelo productivo?

Son todos interrogantes de una discusión que no está saldada. No lo está plenamente aquí, ni en Bolivia, ni en Uruguay, etc; tal vez un poco en Brasil. Y no está saldada en el proceso más antiguo de esta etapa que es Venezuela. Fíjense que Venezuela no ha logrado salir de ser una economía típicamente petrolera. Es decir, una economía que depende del petróleo. ¿Qué cambió en Venezuela? Cambió la redistribución de la renta petrolera. Antes los recursos del petróleo se los llevaban la oligarquía venezolana y los EEUU, y la pobreza llegó a más del 70% de la población. Desde que llegó Chávez, la oligarquía y los yanquis disminuyeron sustancialmente su capacidad de llevarse el ingreso petrolero, y aquel redistribuyó ese ingreso en Venezuela; ¿a través de qué?, esencialmente a través de planes sociales y subsidios.

Con esos planes sociales y subsidios disminuyó la pobreza a la mitad, y brindó más trabajo, salud, educación, e incluso más deportes para los jóvenes. ¿Ahora bien, cuál es el modelo económico de Chávez? ¿Es distinto? No han logrado desarrollar la producción agropecuaria. Han hecho reformas agrarias pero no han logrado desarrollar la producción agropecuaria, siguen comprando masivamente los alimentos en el exterior. Las cooperativas que pusieron en el campo para que desarrollaran la producción allí, fracasaron en su mayoría. ¿Industrializaron? Algunas empresas las pasaron al Estado, crearon otras, no muchas. ¿Las hicieron más eficientes? No, son muy ineficientes. ¿Construyeron una industria al margen del Estado? No, no la han podido construir seriamente. Siguen siendo en lo esencial un país que vive del petróleo; por supuesto con la suerte de que tienen petróleo hasta dentro de 100 años.

Eso introduce, ya se sabe, una gran distorsión social. ¿Por qué? Porque una nación que vive de los subsidios y que vive de los planes sociales, no logra desarrollar cultura del trabajo. Entonces penetra la corrupción en el Estado y la sociedad venezolana como penetraban en el de la Cuarta República. En síntesis, no han logrado resolver adecuadamente, en 14 años, el intríngulis de cuál es el modelo económico a futuro de Venezuela. Sigue siendo un país petrolero, solo que ahora más justo. No es poco, pero es hartó insuficiente.

Entonces, ese, el del modelo que buscamos, es un gran problema que tienen casi todos los países de la región que cuentan con esos gobiernos más progresistas. Ese es un problema no resuelto.

Es todo un debate. Antes, cuando decíamos vamos al socialismo -en teoría, porque después en la práctica ese camino donde se pudo implementar no resultó-, teníamos en las ideas resuelto el modelo. Íbamos a ser un país donde todo iba a ser del Estado, se acabaría la propiedad privada, y listo.

Por supuesto que ese modelo tuvo un límite enorme, y ahí andan los cubanos viendo -mas allá de sus hermosos logros- cómo salen de ahí. Porque objetivamente no están dadas las condiciones para eso. Pero en teoría lo teníamos resuelto. Es mas, el proceso de sustitución de importaciones también tenía el modelo resuelto. Perón tenía claro donde iba. Le erró en parte, porque no hizo la reforma agraria, no elevó la productividad del campo, y cuando se acabó el escenario favorable se le trabó la sustitución de importaciones en la etapa que necesitaba más recursos; pero él tenía el modelo resuelto. Ahora no está resuelto. ¿Adónde vieron el modelo? ¿Alguien sabe cuál es el modelo al que va Venezuela, el socialismo del Siglo XXI?. ¿Alguien sabe qué es el socialismo del Siglo XXI, en concreto, como modelo económico que después se traslada a lo social y lo político? No está. Y tampoco tiene Pepe Mujica el modelo muy definido. Y en el caso de Brasil hay uno que se acerca bastante a ser una especie de país dominante en la región. Se trata de aprovechar el contexto mundial, reprimarizar bastante para exportar al mundo, y con esa plata darle impulso a

grandes empresas que utilicen el incipiente mercado regional -amén de ocupar el propio interno- y se expandan.

¿Y la Argentina? ¿Cuál es el problema en la Argentina? Aparentamos ser, y en algunos casos somos, parecidos a los demás países, porque la política de integración de la Argentina es parecida a los otros. Es difícil decir que el gobierno de los Kirchner no ha tenido una política de priorizar la unidad regional, de distanciarse de los norteamericanos. Esto ha sido así.

Ahora bien: ¿por qué entonces nosotros somos opositores? Porque el devenir de este modelo, para nosotros, ha sido distinto al de otros países de la región con gobiernos progresistas. En una primera etapa, donde acá veníamos de una crisis muy fuerte, y había una parte no ocupada, ociosa, de la economía muy importante; el kirchnerismo, en un contexto económico mundial favorable, la utilizó para crear una importante cantidad de puestos de trabajo, elevar un poco los salarios, mejorar las condiciones de vida de la gente y bajar la pobreza. Teníamos las condiciones para ello y se las aprovechó.

Fíjense que la industria automotriz, en el año 2001 tenía una capacidad de producción de 500 mil vehículos, porque el proyecto de hacer un enclave automotriz aquí venía desde antes de los Kirchner. ¿Y saben cuántos autos produjo en el 2002? 92 mil, la misma cantidad que produjimos en el año '62; así de fuerte fue la crisis. Pero teníamos una capacidad ociosa para producir 400 mil autos más.

Por lo tanto, introduciendo desde el Estado incentivos al consumo y recursos, la economía los absorbió y se recuperó. Esto fue así durante todo el primer gobierno de Néstor Kirchner. Lo que no resolvieron los K, fue cuál iba a ser el actor que, cuando se ocupara la capacidad productiva que estaba ociosa, iba a invertir en la Argentina para continuar el proceso de crecimiento económico en forma sustentable. ¿Quién iba a invertir y dónde lo haría? Eso no lo resolvieron bien, argumentado de que no tenían la correlación de fuerzas suficiente.

Era evidente que en el año 2007, cuando Cristina ganó en primera vuelta las presidenciales, ya tenían la correlación de fuerzas adecuadas para avanzar en ello. La economía venía de cuatro años de crecimiento y sacaron 45 por ciento de votos en primera vuelta, ¿cómo que no tenían la capacidad suficiente? Ya la tenían, pero hasta ese entonces no habían cambiado los elementos principales para redistribuir la riqueza en la Argentina, ni explicitado por dónde iba a ir el proceso de crecimiento con bases reales y firmes.

No habían tocado, por ejemplo, ni han tocado hasta el día de hoy seriamente, el sistema impositivo, que es el que determina cómo se redistribuyen los recursos en un país. Y si uno tiene un sistema impositivo donde el principal impuesto es el IVA, o sea el que pagamos todos, y no el que grava las ganancias, ya tenés una visión del país que se va a hacer. No lo habían tocado para el 2007. Tampoco la política minera que inauguró Menem; ni la política petrolera; no habían tocado la mayoría de los tratados internacionales de inversiones con los Estados Unidos y demás países desarrollados de la época del neoliberalismo. No habían cambiado, por ejemplo, que la renta financiera estuviera exenta de impuestos.

Tampoco hasta ese momento, habían definido cuál era el instrumento político que iban a tener ellos para su proyecto. Fíjense que todos estos modelos nuevos han construido de una u otra manera instrumentos políticos. En Brasil, el PT; en el caso de Venezuela hicieron primero el Movimiento

Quinta República y ahora el Partido Socialista Unido de Venezuela. El MAS en Bolivia y en Uruguay el Frente Amplio, que no es nuevo, pero es lo idóneo para hacer otro país. El que no construyó una fuerza política importante fue Lugo, y lo voltearon por eso; es decir, no tuvo después cómo defenderse.

O sea, los modelos progresistas o nacionales que llegaron, o lo hicieron con una nueva fuerza política, o la desplegaron desde el gobierno. Eso no lo hicieron los Kirchner. ¿Y por qué no lo hicieron, si los partidos tradicionales estaban golpeadísimos? Porque no tenían decidido cuál era el rumbo que iban a seguir. Cuando tomaron la decisión de que el rumbo no iba a modificar sustancialmente y en profundidad el dibujo previo de país, y que no iban a buscar darles solución a los problemas principales, como el de la distribución de la riqueza, en lugar de construir una fuerza política nueva se volcaron al Partido Justicialista; y Kirchner fue presidente del mismo. La vieja fuerza política que había sustentado el neoliberalismo en Argentina a ultranza, como fue durante la presidencia de Menem, fue el instrumento político elegido; sin ninguna renovación de por medio, por cierto.

Evidentemente, la visión de los Kirchner sobre lo que querían cambiar en la Argentina era más que limitada, y ahí fue donde nosotros nos fuimos del gobierno. Apostaron a que el actor que iba a invertir no iba a ser el Estado, aunque ahora no se les caiga de la boca hablar de la importancia de la intervención del mismo. El Estado iba a invertir en algunos terrenos como educación o en obra pública, pero en concreto, en el desarrollo productivo le dejaron casi con exclusividad la renta a los sectores más concentrados de la economía nacional y extranjera. Por eso no tocaron el sistema impositivo. Por eso cuando nosotros analizamos las 500 principales empresas de este país en los años del kirchnerismo, vemos que aumentó la concentración y la extranjerización en el manejo de la economía. A ellos apostaron, y resultó que estos no invirtieron ni de cerca lo necesario para crecer con sustentabilidad. Ese fue el grave problema que tuvieron, y hoy explica la inflación, el atraso del tipo de cambio y otros graves inconvenientes. Eligieron un mal actor social y dejaron que hiciera nomás a gusto y placer. De paso ellos y sus funcionarios se enriquecían con ese capitalismo de amigos.

En alguna medida Lula -no sé si me equivoco- también eligió ese actor social, pero esos sectores concentrados, de otra historia allí, invirtieron en Brasil. Acá no, hicieron como REPSOL: o lo giraron al exterior o lo utilizaron para hacer otros negocios que al país no le convenían. Como también hizo TBA de los Cirigliano, por poner uno de tantos ejemplos.

Ese fue -y es- el problema principal de este gobierno. Por eso no es igual que todos los demás, aunque en sus inicios y en toda la primera etapa tuvo todas las condiciones para ser igual o mejor. Pero no lo fue, y por eso tiene la situación económica y política que tiene, y por eso gira en grado no desdeñable al autoritarismo, la intolerancia y la agresividad.

Tampoco ha sido el kirchnerismo, por supuesto, el proyecto de la derecha. No fue el de Alan García, no es el proyecto de Santos ni el de Piñera. No vamos a exagerar, tendrá algunos rasgos del menemismo, pero no es continuidad abierta. Es un proyecto a mitad de camino; y justamente por ser un proyecto a mitad de camino tiene los problemas que tiene. Y por eso nosotros hemos sido opositores y apostamos a construir otra opción mejor que esta. Habiendo condiciones para ello, sería un crimen no abordarlo.

La gran puja política que se viene en la Argentina, es si este modelo que está en curso va a desembocar en uno más hacia la derecha (sin regresar a los noventa, porque ninguno de los gobier-

nos de derecha en la región proponen hoy volver a la valorización financiera), o en uno más a la izquierda. Esa es la discusión en la Argentina, sobre la base del agotamiento de este proceso del kirchnerismo.

Nosotros nos fuimos porque vimos que este proceso inexorablemente se iba a agotar. Justamente porque en este contexto no hizo lo mismo que los demás gobiernos de signo aparentemente parecido. Pero eso, en última instancia, es un debate que tenemos los argentinos; en muchos casos, ya lo sabemos, no compartido por los gobiernos y los compañeros de los países con modelos progresistas.

En síntesis, creo que es muy importante que nosotros dilucidemos, desde la experiencia concreta de los gobiernos progresistas, nacionalistas, y desde la misma teoría, cuál es el modelo para nuestros países. Sobre la base de tener ventajas con los commodities, y también posibilidades de hacer mejores políticas sociales, cuál es el modelo de país que tenemos que construir que no se cierre en esas dos circunstancias. Porque si no vamos a desplegar modelos muy limitados, por debajo de las posibilidades que la situación nos otorga.

Ese es un debate que está abierto y que nos debemos nosotros mismos. Entre otras cosas porque, cuidado con este proceso mundial tan favorable para nosotros en lo económico y político, porque no sabemos cuánto tiempo va a durar. Si llegamos con nuestros países endeblados, probablemente vamos a tener más dificultades de acá a diez años para insertarnos en una realidad mundial que, por lo menos parcialmente, no es nada descartable que se modifique.



INDICE

Presentación	7
Isaac Rudnik. Los debates de la izquierda latinoamericana	9
Héctor Testa Ferreira. El desafío es abrirle paso a la ruptura	15
Henrique Ferreira Bueno. Las luchas por el poder interno y la dirección	21
Pablo Stefanoni. La radicalidad y la emergencia de lo indígena-popular	25
Joaquim Soriano. Articulaciones y alianzas en los gobiernos con agendas posneoliberales	33
Alejandro Sánchez. Mirar el vaso medio vacío, mojados hasta la cintura	39
Humberto Tumini. Interrogantes del cambio de época	47

DESDE EL AÑO 1998, CON LA LLEGADA DE HUGO CHÁVEZ A LA PRESIDENCIA DE VENEZUELA, SE HAN DESARROLLADO NUMEROSOS PROCESOS POLÍTICOS POPULARES, PROGRESISTAS Y DE IZQUIERDA EN NUESTRA REGIÓN. EL PRESIDENTE ECUATORIANO RAFAEL CORREA HA DICHO QUE AMÉRICA LATINA NO ESTÁ PASANDO POR UNA ÉPOCA DE CAMBIOS, SINO POR UN CAMBIO DE ÉPOCA.

LA RUPTURA CON EL PROYECTO NORTEAMERICANO DEL ALCA, LA CREACIÓN DE NUEVAS HERRAMIENTAS REGIONALES DE INTEGRACIÓN COMO LA UNASUR, LA CELAC Y EL ALBA, MÁS LA MEJORA DE LAS YA EXISTENTES COMO EL MERCOSUR, CON LA INCORPORACIÓN COMO MIEMBRO PLENO DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA, DAN CUENTA DE ESTE NUEVO MARCO REGIONAL.

LA NECESIDAD DE PROFUNDIZAR LAS TRANSFORMACIONES POPULARES EN AMÉRICA LATINA, ANTE LAS PRESIONES PARA ESTANCAR ESTOS PROCESOS O HACERLOS RETROCEDER, INVITA A UNA NECESARIA REFLEXIÓN SOBRE LA IMPORTANCIA DE LA PARTICIPACIÓN POPULAR COMO UN MECANISMO INELUDIBLE PARA EL DESARROLLO DE LA DEMOCRACIA EN NUESTRO CONTINENTE.